

**LITERATURA  
CHILENA  
en el  
EXILIO**

**4**

OCTUBRE, OTOÑO DE 1977  
EDICIONES DE LA FRONTERA  
LOS ANGELES, CALIFORNIA

# SUMARIO

VOL. 1 - No. 4

SALVADOR ALLENDE	2	Ultimas Palabras
CARLOS PRATS	3	Una Vida por la Legalidad
VICTOR JARA	4	Somos Cinco Mil
ORLANDO LETELIER	5	Testamento
JOSE TOHA	6	Defensa en El Congreso
PABLO NERUDA	7	Confieso que He Vivido
JAIME CONCHA	9	La Poesía Chilena Actual
PEDRO BRAVO-ELIZONDO	14	Reseña Actual del Teatro en Chile
JORGE JOBET	16	Algo le Pasa al Mar
THITO VALENZUELA	17	El Patio Grande
JAMES SCULLY	18	Isa Mar
EUGENIO VELASCO LETELIER	20	Expulsión
JOSE NARANJO TORO	27	El Derrumbe
RODRIGO QUIJADA	29	Matilde
JUAN GONZALEZ	31	El Entierro de Neruda
	33	Libros
	36	Documentos

LITERATURA  
CHILENA  
EN  
EL EXILIO

Fernando Alegría  
Director  
P. O. Box 3723  
Stanford, Ca. 94305

David Valjalo  
Editor  
P. O. Box 3013  
Hollywood, Ca. 90028

Guillermo Araya • Jaime Concha  
Juan Armando Epple • Nelson Osorio  
Consejo Editorial

Gabriel García Márquez, Presidente  
Comité Internacional \*

Demetrio Aguilera Malta	Victor Hernández Cruz
Mario Benedetti	George Hitchcock
Ernesto Cardenal	Pedro Orgambide
Julio Cortázar	Miguel Otero Silva
Miguel Donoso Pareja	Angel Rama
Lawrence Ferlinghetti	Juan Rulfo
Jean Franco	Ernesto Sábato
Eduardo Galeano	Marta Traba
Dr. Rafael Gutierrez Girardot	Roberto Vargas

Impreso por: The Frontera Press. Los Angeles, California.

Editado por: Ediciones de la Frontera  
Copyright: Literatura Chilena en el Exilio

\* Comité Internacional.  
Nómina incompleta. Se ampliará en el próximo número.

---

Vol. 1 No. 4

---

Año 1 No. 4

---

Octubre, 1977. California USA.

Las ilustraciones de este número, corresponden  
a trabajos del pintor Guillermo Núñez.

LOS HEROES DE SEPTIEMBRE  
TIENEN LA PALABRA:

*Salvador Allende*  
*Carlos Prats*  
*Orlando Letelier*  
*Victor Jara*  
*José Toha*  
*Pablo Neruda*

# ULTIMAS PALABRAS

● SALVADOR ALLENDE

*Compatriotas:*

*Esta será seguramente la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: Soldados de Chile, comandantes en jefe titulares y el almirante Merino, que se autodesignó, más el señor Mendoza, general rastrero, que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno y también se denominó director general de Carabineros.*

*Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores:*

*Yo no voy a renunciar.*

*Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser cegada definitivamente.*

*Y tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.*

*La historia es nuestra y la hacen los pueblos.*

*Trabajadores de mi patria:*

*Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo puedo dirigirme a ustedes, para que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y que reafirmara el Comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas, esperando con mano ajena reconquistar el poder, para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.*

*Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días siguen trabajando contra la sedición, auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase, para defender también las ventajas que la sociedad capitalista les dió a unos pocos.*

*Me dirijo a la juventud, aquellos que cantaron, entregaron su alegría y su espíritu de lucha.*

*Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, aquellos que serán perseguidos porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los atentados terroristas, volando puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y gasoductos.*

*Frente al silencio que tenían la obligación de proceder. . . a la que estaban sometidos. La historia los juzgará.*

*Seguramente Radio Magallanes será callada, y el metal de mi voz no llegará a ustedes.*

*No importa, la seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.*

*El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.*

*Trabajadores de mi patria:*

*Tengo fé en Chile y su destino. Superarán otros hombres de Chile, este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre digno para construir una sociedad mejor.*

*¡ Viva Chile !*

*¡ Viva el pueblo !*

*¡ Vivan los trabajadores !*

*Estas son mis últimas palabras.*

*Y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición. ●*

# UNA VIDA POR LA LEGALIDAD

● CARLOS PRATS

Del libro 'Una Vida por la Legalidad'  
Fondo de Cultura Económica, México.

- *El combate de La Moneda fué una lucha suicida, comparable a los más grandes gestos heroicos de la historia. La figura del presidente Salvador Allende, luchando hasta el último aliento, pasará a la historia. Me obsesiona el recuerdo del día en que el presidente Allende, al aceptar mi renuncia, mientras almorzábamos en La Moneda, me pidió opinión acerca de Augusto Pinochet, como sucesor en la comandancia en jefe. Dos veces repitió su pregunta. Y como yo mantuviera silencio, extrañado, quiso saber si yo tenía dudas de la lealtad de Pinochet. Mi respuesta fue: "No, Presidente. No tengo motivo para desaconsejar la designación del general Pinochet como comandante en jefe. Confío en que él sabrá secundarlo a usted con la misma lealtad con que yo lo he hecho."*  
*Ahora los acontecimientos empiezan a demostrar quién es en realidad Pinochet. Es el bellaco de luces limitadas y ambición desmedida, capaz de pasar una vida arrastrándose o agazapado a la espera del instante de cometer un crimen a mansalva, que le permita cambiar su destino por un golpe de audacia. Tengo la convicción de que sólo se subió al carro de los golpistas en el último minuto, pero no dudo que se aferrará al poder, cueste lo que cueste.*  
*Quedará como el gran traidor de nuestra historia. El que condujo al ejército y a las fuerzas armadas a cometer un error mayúsculo e irreparable. Porque las noticias que nos llegan de nuestro dolido Chile, muestran que el golpe del 11 de septiembre ha sido sólo el comienzo de una gran tragedia colectiva.*
- *Los actos de la Junta se guían por un criterio militarista primitivo: ministerios, rectorías de universidades, intendencias, gobernaciones, embajadas, todas las instituciones y cargos son puestos en manos de miembros en actividad o en retiro de las fuerzas armadas. Jamás un gobierno concentró en sus manos un poder tan absoluto como el actual. Los presidentes chilenos tradicionales siempre trataban de eludir la culpa por sus fracasos, alegando que el Parlamento o la oposición, o los partidos, o los sindicatos "no me dejan gobernar". La Junta no podrá decir otro tanto. El éxito o fracaso de su gestión le pertenecerá por entero, ya que sus miembros, con el apoyo de la fuerza, se han dado a sí mismos prerrogativas que van desde la facultad de abrogar o reformar la Constitución Política del Estado, pasando por la facultad de traspasar a particulares las empresas y bienes legítimamente adquiridos por el Estado, hasta el derecho de vida o muerte sobre los ciudadanos.*
- *Para gente que tiene tanto poder, sus primeros pasos están preñados de yerros demasiado graves. Por ejemplo, su afán de excluir de toda responsabilidad a los civiles, especialmente a los de mayor preparación y nivel intelectual, parte de un profundo desconocimiento de la sociedad chilena, de oscuros rencores y resentimientos y de una desmedida sobrevaloración de la capacidad omnímoda de los oficiales de las fuerzas armadas. La mayor eficiencia aparente que deriva del control militar sobre todas las actividades del país no será suficiente para solucionar los complejos problemas que impone la dirección de un país. Creo que a poco andar, las fuerzas armadas se irán deslizando a un doloroso plano inclinado. Confío en que llegado un punto crítico en ese proceso, habrá en su seno hombres sanos que reaccionen en nombre de los grandes valores tradicionales de las fuerzas armadas de Chile.*
- *Dura es la experiencia de hoy para las fuerzas armadas e inmensas son las culpas de quienes no vacilaron en arrastrarlas, a sabiendas, a una aventura que para ellas aparece hoy como un camino sin retorno. Pero yo creo que ese retorno existe. Llegará un día en que el fracaso se hará patente hasta para los más ofuscados. Será ése el día del doloroso despertar. ¿Se salvarán nuestras fuerzas armadas o serán destruidas por el vendaval de la historia? Como sea, por uno u otro camino, habrá de llegarse a lo mismo, porque Chile tiene derecho a contar con un ejército y unas fuerzas armadas disciplinadas, unidas, respetadas y queridas por el pueblo, comprometidas exclusivamente en la defensa real de la patria —que no es el patriotismo y el nacionalismo verbal de los que quieren entregar a jirones nuestro país, nuestra dignidad y nuestras riquezas—, unidas a su pueblo y no separadas de él por un mar de sangre.*  
*Espero que mis ojos puedan ver ese día. Y si mis fuerzas aún lo permiten, estaré dispuesto como soldado a entregar de todo corazón mi modesto aporte a esa tarea. ●*

# SOMOS CINCO MIL

● V I C T O R J A R A

*Aquí en esta pequeña parte de la ciudad  
somos cinco mil  
¿ Cuántos seremos en total en las ciudades  
y en todo el país ?  
Somos aquí diez mil manos  
que siembran y hacen andar las fábricas.  
Cuánta humanidad  
con hambre, frío, angustia, pánico,  
dolor, presión moral, temor y locura.  
Seis de los nuestros se perdieron en el  
espacio de las estrellas.  
Uno murió. Uno golpeado como jamás nunca creí  
se podía golpear a un ser humano.  
Los otros quisieron quitarse todos los temores,  
uno saltando al vacío,  
otro golpeándose la cabeza contra el muro  
pero todos. . . todos con la mirada fija en la muerte.  
Qué espanto causa el rostro del fascismo.  
Llevaban a cabo sus planes con precisión  
artera, sin importarles nada.  
La sangre para ellos son medallas.  
La matanza es acto de heroísmo.  
¿ Es este el mundo que creaste, Dios mío ?  
¿ Para esto tus siete días de trabajo ?  
En estas cuatro murallas hay un número  
que no progresa,  
que lentamente quiere más muerte.  
Pero de repente me golpea la conciencia  
y veo marea sin latidos  
y veo el pulso de las máquinas  
y los militares mostrando su rostro  
de matrona llena de dulzura.  
Y México, y Cuba y el mundo  
que gritan esta ignominia.  
Somos diez mil manos que producen.  
Cuántos somos en toda mi Patria.  
La sangre del compañero Presidente  
golpea más fuerte que bombas y metrallas.  
Así golpeará nuestro puño nuevamente. ●*

*Ultimo poema de Victor Jara, antes de ser asesinado en el Estadio Nacional.*

# TESTAMENTO

● ORLANDO LETELIER

*Ultimo artículo de Orlando Letelier,  
publicado en 'The New York Times'. Sept. 27, 1976.*

*El día 10 de Septiembre el dictador chileno Augusto Pinochet dictó el decreto número 588, el cual me quitaba mi nacionalidad por "amenazar gravemente los intereses esenciales del estado". Esta medida es una más que se suma a la vergonzosa historia de la violación de los Derechos Humanos, cometidos por la Junta Militar.*

*En las crónicas de las dictaduras de América Latina se ha observado con frecuencia como los derechos políticos han sido negados a los críticos y oponentes. La Junta Militar chilena para no desmerecer entre los líderes, en el campo de dichas violaciones, ha hecho víctima a la totalidad de la población chilena a través de un decreto que ordenó se quemaran todos los registros electorales del país. Aún más, todos los derechos civiles de la población han sido destruidos.*

*Hoy, habiendo agotado todos los mecanismos represivos, solamente pueden recurrir a la pretensión de que los opositores a sus designios, no son ya parte de la nación chilena.*

*Casi no es necesario agregar que dicho decreto viola el intento de la Constitución que se aplicaba en Chile, antes que la ley fuera destruida el 11 de Septiembre de 1973, y también con aquellas normas de las leyes internacionales, especialmente el artículo 15 de la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Esta acción no tiene precedente en nuestra historia. Jamás los gobiernos intervinieron con autoridad de conferir o quitar la nacionalidad, como se les plazca.*

*Por haber sido Ministro de Estado y Embajador ( en los Estados Unidos) del gobierno constitucional de Chile, fuí encarcelado en el campo de concentración de la Isla Dawson, hasta que fuera expulsado del país sin cargos formales en contra de mi persona. No se me otorgó ninguno de los derechos básicos garantizados por la constitución ni por las leyes de mi país.*

*Entre otras violaciones, fuí despojado de mi pasaporte y de mi condición de chileno en el exterior. Muchos de mis compatriotas han sido objeto de las mismas arbitrariedades.*

*Parece, obvio, entonces, que dicho decreto constituye un completo absurdo. Sin embargo, detrás uno puede ver la lógica de una mentalidad totalitaria que se proyecta a si misma dentro de un sistema basado en el terror y la venganza. Su propósito principal es intimidar a aquellos quienes luchan desde el exterior, por la restauración de los derechos humanos, la libertad y la democracia en Chile. Se trata de borrar a un sector completo de chilenos de la historia de nuestro país y así eliminar a los protagonistas de los ideales sociales y políticos que en Chile tienen profundas raíces históricas. Este concepto que ha sobrevivido persecuciones y hoy día es el emblema de la lucha contra la tiranía.*

*Lo que la Junta combate no es tanto a los hombres, que tres años atrás guiaron al gobierno democrático, sino a las ideas que representamos. Lo que niegan es la nacionalidad de valores, como la democracia chilena que, por 150 años, constituyó un ejemplo para América Latina y el mundo.*

*Lo que tratan de destruir son los partidos políticos que dieron dirección a las aspiraciones del pueblo de Chile, sus organizaciones sindicales, su sistema de convivencia en el libre juego de ideas y respeto a los seres humanos.*

*De acuerdo a Pinochet, nada de eso tiene derecho a existir en la nacionalidad chilena.*

*La ideología fascista que Pinochet profesa puede verse en la expresión delirante de su fanatismo.*

*La obligación patriótica de cada chileno es contribuir a derrocar a la dictadura. Lo hacemos como miembros de una nación y como herederos de una tradición de libertad a la cual los Pinochets no pertenecen.*

*Lo que destruye nuestra nacionalidad son los campos de concentración, las torturas, la represión y el hambre. Lo que nos hace vulnerable como nación es la utilización de las fuerzas armadas en contra del pueblo de Chile. Son todas estas brutales medidas y no las acciones de aquellos que quieren poner fin a nuestra alineación en la comunidad de naciones civilizadas.*

*La imagen de Chile volverá a revivir, cuando se restablezca junto con los derechos humanos que han sido usurpados por los dictadores. En esos momentos nadie tendrá dudas de la nacionalidad chilena de aquellos quienes están en el poder hoy día. Al contrario, como tales deberán dar respuesta a los tribunales chilenos de acuerdo al sistema judicial chileno, por los crímenes cometidos en contra del país.*

# DEFENSA EN EL CONGRESO

• J O S E T O H A

*Todo ello podría resultar desalentador para quienes siguen creyendo y confiando en el imperio de la verdad y de la justicia. Este Ministro acusado, con mayor fuerza y convicción que nunca, los llama precisamente a ello: a no dejarse vencer por el desaliento. Un desconocimiento de la verdad no mata la verdad, sino que puede contribuir a fortalecerla. Un atropello a la justicia no destruye la justicia, sino que hace resaltar la necesidad de su imperio. Para mí, en lo personal, lo que enfrento hoy no habrá de significar ni amargura ni frustración ni resentimiento. Muy por el contrario. Mi espíritu y mis ideales saldrán fortalecidos. Será así, no porque esta reacción sea producto de cualidades especiales de mi propio ser ni de mi condición intrínseca. Serán fundamentalmente la fortaleza, la solidez de una convicción, la generosidad y el optimismo en los destinos de Chile los que prevalecerán en mi ánimo. Y prevalecerán porque son producto del ejemplo y de las lecciones que he recibido en mi vida. Y ello deberé agradecerlo a quienes me dieron a mí la enseñanza: a mi hogar, al liceo, a la Universidad, a mis maestros, a mi partido, a mis compañeros, al movimiento popular, a la clase trabajadora, al pueblo, a la historia, a la tradición esforzada y heroica de Chile, a la patria.*

*De su defensa en el Congreso Nacional, como Ministro del Interior.*

*Soy hombre de paz y de derecho, pero quiero que sepan que defenderé el Gobierno Popular y la democracia chilena, si llega el momento, con la única arma que tengo, la pistola que ustedes me regalaron y cuando no tenga una bala, defenderé al Gobierno Popular con mis propias uñas . . . . .*

*Al renunciar al cargo de Ministro de Defensa, ante el cuerpo de generales y almirantes.*

# CONFIESO QUE HE VIVIDO

● P A B L O N E R U D A

*Mi pueblo ha sido el más traicionado de este tiempo. De los desiertos del salitre, de las minas submarinas del carbón, de las alturas terribles donde yace el cobre y lo extraen con trabajos inhumanos las manos de mi pueblo, surgió un movimiento liberador de magnitud grandiosa. Ese movimiento llevó a la presidencia de Chile a un hombre llamado Salvador Allende para que realizara reformas y medidas de justicia inaplazables, para que rescatara nuestras riquezas nacionales de las garras extranjeras. Donde estuvo, en los países más lejanos, los pueblos admiraron al presidente Allende y elogiaron el extraordinario pluralismo de nuestro gobierno. Jamás en la historia de la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, se escuchó una ovación como la que le brindaron al presidente de Chile los delegados de todo el mundo. Aquí en Chile, se estaba construyendo, entre inmensas dificultades, una sociedad verdaderamente justa, elevada sobre la base de nuestra soberanía, de nuestro orgullo nacional, del heroísmo de los mejores habitantes de Chile.*

*Del libro 'Confieso que He Vivido',  
Seix Barral, Barcelona.*

*De nuestro lado, del lado de la revolución chilena, estaban la constitución y la ley, la democracia y la esperanza.*

*Del otro lado no faltaba nada. Tenían arlequines y polichinelas, payasos a granel, terroristas de pistola y cadena, monjes falsos y militares degradados. Unos y otros daban vueltas en el carrousel del despecho. Iban tomados de la mano el fascista Jarpa con sus sobrinos de "Patria y Libertad", dispuestos a romperle la cabeza y el alma a cuanto existe, con tal de recuperar la gran hacienda que ellos llamaban Chile. Junto con ellos, para amenizar la farándula, danzaba un gran banquero y bailarín, algo manchado de sangre; era el campeón de rumba González Videla, que rumbeando entregó hace tiempo su partido a los enemigos del pueblo.*

*El pueblo que debía ayudarlo no existía como fuerza, es decir, no estaba organizado. Aquel presidente estaba condenado a conducirse como un iluminado, como un soñador: su sueño de grandeza se quedó en sueño. Después de su asesinato, los rapaces mercaderes extranjeros y los parlamentarios criollos entraron en posesión del salitre: para los extranjeros, la propiedad y las concesiones; para los criollos, las coimas. Recibidos los treinta dineros, todo volvió a su normalidad. La sangre de unos cuantos miles de hombres del pueblo se secó pronto en los campos de batalla. Los obreros más explotados del mundo, los de las regiones del norte de Chile, no cesaron de producir inmensas cantidades de libras esterlinas para la city de Londres.*

*Ahora era Frei quien ofrecía su partido demócrata-cristiano a los mismos enemigos del pueblo, y bailaba al son que éstos le tocaran, y bailaba además con el ex coronel Viaux, de cuya fechoría fue cómplice. Estos eran los principales artistas de la comedia. Tenían preparados los víveres del acaparamiento, los "miguelitos", los garrotes y las mismas balas que ayer hirieron de muerte a nuestro pueblo en Iquique, en Ranquil, en Salvador, en Puerto Montt, en la José María Caro, en Frutillar, en Puente Alto y en tantos otros lugares. Los asesinos de Hernán Mery bailaban con los que deberían defender su memoria. Bailaban con naturalidad, santurronamente. Se sentían ofendidos de que les reprocharan esos 'pequeños detalles'. Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende. Es curioso que los dos provinieran del mismo medio, de la burguesía adinerada, que aquí se hace llamar aristocracia. Como hombres de principios, empeñados en engrandecer un país empedregado por la mediocre oligarquía, los dos fueron conducidos a la muerte de la misma manera. Balmaceda fue llevado al suicidio por resistirse a entregar la riqueza salitrera a las compañías extranjeras.*

*Allende fue asesinado por haber nacionalizado la otra riqueza del subsuelo chileno, el cobre. En ambos casos la oligarquía chilena organizó revoluciones sangrientas. En ambos casos los militares hicieron de jauría. Las compañías inglesas en la ocasión de Balmaceda, las norteamericanas en la ocasión de Allende, fomentaron y sufragaron estos movimientos militares.*

*En ambos casos las casas de los presidentes fueron desvalijadas por órdenes de nuestros distinguidos "aristócratas". Los salones de Balmaceda fueron destruidos a hachazos. La casa de Allende, gracias al progreso del mundo, fue bombardeada desde el aire por nuestros heroicos aviadores.*

*Sin embargo, estos dos hombres fueron muy diferentes. Balmaceda fue un orador cautivante. Tenía una complexión imperiosa que lo acercaba más y más al mando unipersonal. Estaba seguro de la elevación de sus propósitos. En todo instante se vió rodeado de enemigos. Su superioridad sobre el medio en que vivía era tan grande, y tan grande su soledad, que concluyó por reconcentrarse en sí mismo.*

*Allende nunca fué un gran orador. Y como estadista era un gobernante que consultaba todas sus medidas. Fué el antidictador, el demócrata principista hasta en los menores detalles. Le tocó un país que ya no era el pueblo bisono de Balmaceda; encontró una clase obrera poderosa que sabía de qué se trataba. Allende era un dirigente colectivo; un hombre que, sin salir de las clases populares, era un producto de la lucha de esas clases contra el estancamiento y la corrupción de sus explotadores. Por tales causas y razones, la obra que realizó Allende en tan corto tiempo es superior a la de Balmaceda; más aún, es la más importante en la historia de Chile. Sólo la nacionalización del cobre fue una empresa titánica, y muchos objetivos más que se cumplieron bajo su gobierno de esencia colectiva.*

*Las obras y los hechos de Allende, de imborrable valor nacional, enfurecieron a los enemigos de nuestra liberación. El simbolismo trágico de esta crisis se revela en el bombardeo del palacio de gobierno; uno evoca la Blitz Krieg de la aviación nazi contra indefensas ciudades extranjeras, españolas, inglesas, rusas; ahora sucedía el mismo crimen en Chile; pilotos chilenos atacaban en picada el palacio que durante dos siglos fue el centro de la vida civil del país.*

*Escribo estas rápidas líneas para mis memorias a sólo tres días de los hechos incalificables que llevaron a la muerte a mi gran compañero el presidente Allende. Su asesinato se mantuvo en silencio; fué enterrado secretamente; sólo a su viuda le fué permitido acompañar aquel inmortal cadáver. La versión de los agresores es que hallaron su cuerpo inerte, con muestras visibles de suicidio. La versión que ha sido publicada en el extranjero es diferente. A reglón seguido del bombardeo aéreo entraron en acción los tanques, muchos tanques, a luchar intrépidamente contra un solo hombre: el presidente de la república de Chile, Salvador Allende, que los esperaba en su gabinete, sin más compañía que su gran corazón, envuelto en humo y llamas.*

*Tenían que aprovechar una ocasión tan bella. Había que ametrallarlo porque jamás renunciaría a su cargo. Aquel cuerpo fué enterrado secretamente en un sitio cualquiera. Aquel cadáver que marchó a la sepultura acompañado por una sola mujer que llevaba en sí misma todo el dolor del mundo, aquella gloriosa figura muerta iba acribillada y despedazada por las balas de las ametralladoras de los soldados de Chile, que otra vez habían traicionado a Chile. ●*

# LA POESIA CHILENA ACTUAL

● JAIME CONCHA

Es bueno partir de ciertas fechas. 1931: *Altazor*, de Vicente Huidobro; 1935: *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda; 1938: *Tala*, de Gabriela Mistral. Es decir en la década del 30 y en el umbral de la victoria del Frente Popular, se publican tres de las obras más significativas de la lírica chilena en el presente siglo. Son libros que sacan definitivamente a nuestra poesía de su marco provinciano, otorgándole una indudable resonancia internacional. Huidobro es un poeta bastante conocido en España, un poco menos en Francia, la obra de Mistral hará que muy pronto, en 1945, se le conceda el Premio Nóbel de Literatura; y la poesía de Neruda es recibida por los mejores poetas españoles de la época como una de las más altas expresiones del idioma.

Estos poetas definían ya, a la altura de esas obras, tres orientaciones sensibles y espirituales en la lírica chilena. Mistral, con su mensaje del Norte, de una zona rural y campesina, traía a la poesía chilena un sentimiento arcaico sin

duda, pero dotado a la vez de fuerza y vitalidad. La poesía mistraliana es por ello muy ambigua o, mejor, fecundamente contradictoria. Pues si por un lado aporta una reprimación de viejas ceremonias precolombinas o coloniales, cual cristianismo conservado en su pasión primitiva, por otro posee una atención casi religiosa a las cosas humildes. En la Mistral la vida productiva y familiar del pueblo se esencializa, adquiriendo, así, una suerte de rotundo platonismo. El pan, la sal de sus "Materias", por ejemplo, no son sólo alimentos y sustancias de vida, sino formas santificadas de un reino absoluto. Huidobro, nacido en Santiago, en el seno de la clase alta, se liga desde muy joven a la vanguardia europea. Su poesía estará caracterizada por un gran dinamismo, por una especie de activismo en que el supremo valor será la velocidad —de las máquinas o las golondrinas, no importa. Y Neruda proyecta su experiencia del Sur, una región nada eglógica en ese tiempo, sino laboriosa y progresista, frente a la cual contrasta aún más el subdesarrollo nacional o de otras partes del planeta ( el Asia de sus años residenciarios ). La sombra de estos poetas gravitará marcadamente en el decurso de la nueva poesía chilena. Entre 1938 y 1973 estos poetas irán desapareciendo— su sombra se irá deshaciendo en sombras. En 1948 muere Huidobro, dejando tras sí un círculo de seguidores que practicarán un culto secreto y exhibicionista a la vez. Ellos convierten lo que para el maestro era el poeta, un "pequeño dios", en simplemente un pequeño. . . burgués. La influencia de Mistral, muerta en 1957, será por el contrario de otra índole. Su ausencia completa de Chile en los últimos años —salvo esa *tournée* infame a que la condenó el gobierno de Ibáñez— posiblemente explique esta situación. Gabriela Mistral, como se sabe, se desterró voluntariamente de un país cuya clase alta jamás le perdonó sus orígenes humildes. Hay hartas pruebas de esto en su epistolario, muy duro contra el mundo diplomático oficial y la clase ociosa chilena. Desde lejos —en la costa soleada de California o en el frío solitario de Nueva York— su poesía alimenta formas populares ( rondas, poemas infantiles, oficios artesanales ), pero dará lugar también a versos "esencialistas" que delatan con facilidad el sello del parasitismo. Gran parte de la poesía femenina más reciente, signada por las huellas de la Mistral, lleva a caricatura la voz de la poetisa. Es una "poesía" superflua, excrecencia del confort, baratillo estético del lujo. El caso de Neruda es más complejo. Después del *Canto general* (1950), el poeta escribe torrencialmente, fundando de manera definitiva un territorio poético que aparecerá en adelante ligado a su nombre y a su obra. Desde su regreso a Chile, en agosto de 1952, se propaga en el país un tipo de crítica que entraña un fuerte antagonismo político. La actitud surge ya a causa de la publicación de *Las uvas y el viento* y las *Odas elementales*, en 1954. Más sutilmente después, este punto de vista se va a disfrazar como preocupación por la cantidad. Neruda, según estos apóstoles de la calidad, escribe demasiado, lo cual va en detrimento del valor estético de su poesía. Un poeta debe escribir poco y quintaesenciado. Tal argumentación se advierte en el *Encuentro de Escritores* realizado en Concepción, en 1958, y representa principalmente la posición ideológica de los sectores más conservadores de la Democracia Cristiana que, habiéndose apoderado prácticamente del aparato cultural del país ( gracias a la inercia y haraganería de los grupos más tradicionales ) arremete ahora contra una de las figuras más sólidas de la izquierda chilena. Más adelante, en la década del 60, esta actitud se continuará en el ataque sostenido a cada nueva obra de Neruda por parte de los críticos oficiales del diario "El Mercurio". Igual que en otros pla-



nos de la vida nacional, no hay diferencia sensible, en lo que a Neruda respecta, entre los portavoces ideológicos de la oligarquía y de la Democracia Cristiana. En este punto de la vida cultural, la derecha oligárquica y la derecha burguesa se revelan como igualmente desnacionalizadas.

Como en todo período cultural, coexisten en los últimos decenios de la poesía chilena varios momentos, varias fases de desenvolvimiento histórico. Hay superposiciones, los entrecruzamientos diacrónicos se imponen. A la vigencia de las grandes figuras mencionadas, deben agregarse los nombres de otros poetas, significativos en el cuadro de la literatura nacional. Pablo de Rokha ( 1894 -1968 ), Angel Cruchaga ( 1893 -1964 ), Humberto Díaz -Casanueva ( 1904 ), Rosamel del Valle ( 1900 -1965 ) no dejan de escribir y publicar con intensidad en estos últimos años. Su presencia no da sólo variedad temática y estilística al panorama literario, sino que dinamiza el paisaje cultural de Chile. Es un dinamismo que va desde la pugna feroz de actitudes y orientaciones espirituales a la degradación anecdótica y a la rivalidad personalista. ( Hado y desgracia de la vida intelectual en todas las latitudes ). Pero lo que define con mayor firmeza a la vida cultural de Chile y que da incluso relieve e interés a rencillas que de otro modo serían meramente folklóricas, es la profunda politización de sus escritores y de la actividad literaria en general.

En efecto, desde 1933, año de la fundación del Partido Socialista y de la III Conferencia del Partido Comunista, se producirá una gradual pero sustantiva incorporación de los elementos intelectuales a las posiciones de la clase obrera. La crítica anarquista, empeñada en mantener en su pureza un "proletarismo" platónico, no deja de señalar el fenómeno.

El novelista Carlos Sepúlveda Leyton, en sus valiosas narraciones subproletarias del período, expresa bien este punto de vista. Lo más creador de la intelectualidad chilena empieza a participar activamente en las luchas populares de este tiempo. De ahí que la relación entre la vida política y la vida cultural sea algo muy profundo en Chile, casi natural, en la medida en que se responde a circunstancias históricas y a bases sociales muy sólidas. Curiosamente —y en esto es bueno, aunque sea retrospectivamente, deshacer ilusiones— no ocurre lo mismo en los claustros universitarios. Las universidades chilenas permanecen hasta muy tarde como reducto directo o indirecto de las clases dominantes. El desarrollo democrático de la vida universitaria es muy escaso, comparado con la totalidad del país, y, lo que es peor, es sobre todo superficial. Engañoso, por lo tanto. El hecho mismo de que el estallido de la Reforma Universitaria fuera tan eficazmente utilizado en su propaganda por la derecha política, muestra bien que se trataba de un fenómeno sin raíces verdaderas. Mientras el socialismo científico era un ingrediente decisivo de la ideología de las clases trabajadoras chilenas desde comienzos de siglo, los "templos del saber" se abren al marxismo sólo alrededor de 1960.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que las agrupaciones de derecha, en el seno y fuera de la universidad, fueron un factor importantísimo en la preparación psicológica del golpe militar de 1973. Pues así como hubo un teólogo del golpe, el cura Hasbún, quien por cadena de Televisión universitaria remozó la metáfora clásica de la nave del Estado ( que, según él, iba con Allende a la deriva ), así también las constantes campañas de catedráticos en la "prensa libre" crearon objetivamente un ambiente pre -fascista. En la práctica de los hechos, la Democracia Cristiana tuvo, dentro de la Universidad, un decidido comportamiento fascistoide. El Rector Boeninger fue uno de los precursores de las marchas contra -revolucionarias, al movilizar contra la Moneda a grupos de profesores en defensa de una "amenazada" autonomía universitaria. Por supuesto que, luego del golpe, cuando la autonomía universitaria dejó de estar "amenazada" y fue protegida por las botas militares, el Rector Boeninger ya no pudo *marchar*. . . sino que tuvo que *marcharse* del país.

Y William Thayer, Rector de la Universidad Austral —Ministro del Trabajo ya manchado, durante el gobierno de Frei, con la sangre de los mineros de El Salvador— encabezó una vez más, directamente, la represión contra los profesores de su Universidad. Actualmente, es un lacayo obsesivo de la Junta, representándola como Embajador cultural (*sic*) en la *Unesco*. Así, pues, ninguna agitación, ninguna vocería ni estridencia izquierdistas podían borrar el hecho cuantitativo y cualitativo de que las fuerzas progresistas eran ínfima minoría en la universidad. ( No, desde luego, en las universidades técnicas donde, por la composición social del alumnado y de los profesores, la situación era muy distinta ). A cada momento, en cualquier votación, para las huelgas patronales de octubre y de abril, por ejemplo, quedaba al desnudo que la izquierda era un ghetto en la universidad. De este modo, el craso voluntarismo, los gritos de guerra y un ciego activismo sin plan ni sentido impidieron consolidar alianzas que eran necesarias para corregir una correlación de fuerzas tan desfavorable.

Había, pues, en el desarrollo cultural del país, una desigualdad entre creadores y universitarios que, a veces, se manifestaba en la instintiva desconfianza de los primeros frente a los segundos. El grado de conciencia nacional de poetas o novelistas en su mayoría contrastaba con la alienación intelectual de los catedráticos. La guerrilla entre escritores, por

un lado, y profesores, por otro —larvada o declarada de múltiples maneras— expresaba en realidad un desfase en la evolución cultural del país, divergentes tendencias de polarización en las capas medias intelectuales de Chile. Pocos espíritus y, lo que es más grave, ningún dirigente, advirtió la situación. Caben al Rector Eugenio González, durante su mandato en la Universidad de Chile, varias medidas destinadas a relacionar en forma más orgánica a los escritores con la vida universitaria. Y en esto como en tantas cosas, la sensibilidad político-cultural de Neruda se reveló también muy lúcida. A contracorriente de los embates constantes y, en gran parte fundados, que sufría la universidad por parte de los creadores, trató de vincular a unos y a otra, integrándolos, desarrollando los gérmenes positivos que existían en la vida académica. Su actitud de respeto ante la universidad como institución y como frente de trabajo cultural se destaca frente al desprecio más o menos ostensible de otros escritores. Su esfuerzo fue algo aislado, lamentablemente, y no tuvo eco ni continuidad.

#### EL DECENIO 1938 - 1948

El decenio 1938-1948 refleja bien, en la lírica lo que está ocurriendo en la realidad del país. Abiertas en grado máximo las puertas de la esperanza en 1938, éstas se cierran bruscamente con la represión iniciada en 1947. El mismo partido hegemónico del Frente Popular es el autor, no sin divisiones, de la traición de 1947. El *Canto general*, testimonio combativo de este período, revela a las claras el umbral de libertad y el colofón de tiranía que enmarcan este breve ciclo de la vida chilena.

En los términos de la sensibilidad poética se trata, pues, en este período, de un desencantamiento progresivo. La vida se va opacando, estrechando más y más. La vibración internacional del Frente Popular —nacido en la lucha mundial contra el fascismo, en el apoyo a la República española, en simpatía por la Unión Soviética asediada por el invasor hitleriano— se apaga en campos de concentración situados en el extremo del mundo ( en el desierto, en las islas ), alejados implacablemente de “la mano de Dios”. Era la expresión antártica, en nuestro país, de una política de Guerra Fría que en otras partes sembraba la destrucción violenta ( Grecia, más tarde Corea ). El populismo inicial del período y la temprana poesía de Gonzalo Rojas pueden ser considerados como los hitos extremos de ese lapso histórico.

Al calor de la solidaridad con la República española y sobre la base de la unificación de las energías colectivas posibilitada por el Frente Popular, se desarrolla en Chile un tipo de poesía menor aunque no exenta de significación, que se expresa en motivos y formas populares. El ejemplo y la imagen de Federico García Lorca, con su doble aureola de martir y de autor del *Romancero gitano*, reina emocionalmente en esos años. Poetas pertenecientes a la pequeña burguesía más modesta o de franca extracción proletaria son los que cultivan principalmente esta vena lírica. Casi todos ellos son narradores y serán fundamentalmente eso; pero empiezan como poetas o despliegan una línea secundaria o marginal de creación lírica. Así, Nicomedes Guzmán, autor de varias novelas que describen las condiciones de vida de las masas trabajadoras en la ciudad, se inicia como poeta, con *La ceniza y el sueño* (1938), presentada por Neruda. Fernando Alegría, conocido ante todo como narrador y ensayista, escribe también el poema *Viva Chile*, m. . . ., muy escuchado por el pueblo durante la campaña presidencial de 1964. Pero es sin disputa Oscar Castro ( 1910-1947 ) el autor más representativo de esta tenden-

cia. Nacido en Rancagua, militante del Partido Radical, es el que mejor expresa, social y poéticamente, este momento de la poesía chilena. Aunque externo y cayendo muchas veces en el facilismo, cultiva estrofas populares ( romance ), populariza otras ( soneto ), dando el sesgo estilístico que caracteriza a esta orientación poética: la mezcla de motivos populares de pirotecnia metafórica, la coexistencia de una realidad deficiente con una bella superestructura compensatoria.

Otro escritor, cuya real importancia se vendrá a aquilatar más tarde, ya entrados los años 60, es Alfonso Alcalde (1923). Su primer libro de poesía, también prologado por Neruda, es *Balada para una ciudad muerta* (1947). Con posterioridad, luego de un largo silencio, publicará *El panorama ante nosotros* (1969), vasto friso épico-lírico de la historia de Chile tras el cual están, sin duda, los modelos del *Canto general* y del muralismo mexicano, pero más que nada una visión rokhiana de la realidad y del lenguaje.

Y un nombre lejano —vive en California hace años— pero firmemente enraizado en la generación del 38: David Valjalo, nacido en Iquique, (1924), autor de *Los momentos sin números* (1948) y *El otro fuego* (1960), de quien dijera Ricardo Latcham: “es quizás uno de los poetas de su generación mejor dotados”.

El relativo optimismo en los inicios del decenio da lugar, en su extremo terminal, a una poesía muy diferente, la de Gonzalo Rojas (1917). Con una obra muy concentrada, tendida como un arco entre *La miseria del hombre* (1948) y *Contra la muerte* (1964), este poeta resulta ser una de las figuras mayores en la poesía chilena contemporánea.

Nacido en Arauco en 1917; ligado en su adolescencia al grupo “Mandrágora”, de devoción huidobriana; aprendiendo muy pronto la lección de Breton y del surrealismo, Rojas alcanza un poderoso nivel de expresión en *La miseria del hombre*. El sabor medieval del título implicaba, más que un conciente arcaísmo, otras cosas. Formado el autor en una espiritualidad de cuño católico, vemos aún en su poesía la condena a una naturaleza humana caída. Las implicaciones contra el dinero como “encarnación de la muerte en la tierra” son afines a la sensibilidad de la crítica pre-capitalista al atesoramiento, a la usura y al capital monetario, tal como es posible seguirla en los grandes clásicos de la Edad Media española y, sobre todo, en Quevedo. Sin embargo, desde muy temprano y a la altura ya de su primer libro, exhibe Rojas un temperamento volcado hacia lo material, un gusto por la intensidad sensible de las cosas, que entra en pugna con su tendencia espiritualista. Su infancia en la zona del carbón, a través de un padre vinculado, como mando medio, a la producción minera, moldea y fragua otras virtualidades de su comportamiento estético. Trabajo y religión hacen cortocircuito, no hay duda. De ahí que la primera poesía de Rojas, en su turbión emocional, postule una fusión de cielo e infierno, de suciedad y purificación y sea, entre otras cosas, una experiencia de la lujuria sentida a la vez como pecado y como vitalidad corporal. Su poesía nace, entonces, regida por valores de intensidad. El gran fruto posterior de esta tensión será *Contra la muerte*, que se inicia con el bello poema metafísico “ Al silencio ”, abriéndose inmediatamente a la experiencia erótica y a una toma de conciencia de la historia. Esta entra de golpe, aireando para siempre esta poesía, que deja de ser, así, una Danza de la Muerte medieval hasta llegar a un pleno reconocimiento de la faz de la historia contemporánea.



## EL DECENIO 1947-1957

El lapso que transcurre entre 1947 y 1957 está dominado por la represión y la dictadura en su primera parte y, en su segunda mitad, por la mantención en la ilegalidad política del Partido Comunista, que sólo vendrá a conquistar garantías democráticas con la derogación de la llamada "Ley Maldita" por el pueblo, en 1957, poco antes del cambio de gobierno. Cambio de gobierno que es, en los hechos, continuación y empeoramiento de la dirección política del país. Un caudillo caduco, Ibáñez, entrega el mando a Alessandri, caduco representante de la oligarquía. Es como si la vieja clase hubiera sacado, y no por última vez, su viejo rostro en la figura senil de "Don Jorge", el caballero chileno por antonomasia.

En esas condiciones objetivas de la vida política viven su adolescencia o su primera juventud los poetas más importantes que surgen en estos años. El desencanto progresivo de la etapa anterior se vuelve ahora, por una parte, servilización, apatronamiento, miseria chilena en general; pero, por otra, nuevas fuerzas emergen que dejan ya vislumbrar una salida para esta deprimente situación. El 2 de abril de 1957, en que cientos de compatriotas son masacrados en las calles de Santiago, muestra bien la doble cara del momento histórico que vive Chile, la combinación de inmovilismo y combatividad que está en su base. Cerca de esa fecha comienzan a publicar su obra Enrique Lihn (1929), Jorge Teillier (1935), Efraín Barquero (1931), y Armando Uribe (1933).

El rasgo diferencial de la poesía de Lihn es su tenacidad evolutiva. Menos quizá que creadora de nuevas formas, esta poesía va deshaciendo sus propias fórmulas, sometiendo-

las a un proceso de pertinaz auto-destrucción. Desde sus primeros libros, publicados alrededor de 1950, esta obra pretende luchar contra su propia fijeza, rehaciéndose una y otra vez. La imagen de viejo Narciso que atenace a sus poemas iniciales es, en este aspecto, reveladora. Y las más altas cimas de su creación: *La pieza oscura* (1963), *Poesía de paso* (1967), *Escrito en Cuba* (1968) son también saboteadas en *La musiquilla de las pobres esferas*, libro posterior, de 1969. Cada vez el poeta va quedando más solitario ("Rilke, el solterón" es otro de sus símbolos preferidos), en un solipsismo que sin romper amarras con la realidad histórica, enarbola como única herramienta, como única bandera, como única consigna una máquina de escribir—abuela de dientes viejos y marchitos. Allí hunde sus dedos con tesón, escarbando la chirriante música de esas pobres teclas—.

Para captar la existencia de las diferencias sociales, y de la lucha de clases, el poeta va a un rincón alejado de Chile y a un espacio mortuario. Escribe, entonces, "Cementerio de Punta Arenas", donde contempla con solemne ironía el espectáculo del mármol y cipreses levantado por los ilustres pioneros de la ciudad magallánica. No alude ni habla Lihn de cómo hicieron su fortuna esos degolladores de indios, culpables de un brutal y casi desconocido genocidio. No necesita hacerlo, pues recorta su espacio en una escena fúnebre de lápidas, en el orgullo póstumo de las familias. Allí "reina. . . la paz". Pero esta calma de los muertos no es un reposo definitivo, sino que fomenta desde las tumbas su movimiento explosivo:

la paz, pero una paz que lucha por trizarse,  
hasta romper en mil pedazos los pergaminos fúnebres  
para asomar la cara de una antigua soberbia  
y reírse del polvo.

Con rasgos casi goyescos, con una visión grotesca que une la rigidez funeraria a la vitalidad desbordante de la risa ("Reírse del polvo"), sorprende Lihn, desde dentro, la trizadura y grieta de ese orden estable de los muertos. El peso de la tradición, la pesadilla de la historia se burlan de nosotros, allá en esas frías regiones magallánicas, oprimiendo y dominando con su poder de ultra-tumba; pero en ellos habita ya su propio fermento destructivo, el factor desencadenante de la risa. Su propia bufonería es la enterradora de esta clase, que sepulta en pleno día y ahora sobre la tierra el vacío hieratismo, su imponente insustancialidad. Educado en su infancia y pubertad en colegios católicos; conociendo por experiencia un país capitalista dependiente como es Chile y una sociedad, como la de Cuba, que constituye el socialismo, Lihn expresa en su poesía todas estas contradicciones que son, a escala mayúscula, las de varias épocas y edades histórico-sociales. Remanencias feudales, pobreza capitalista y la presencia de otro mundo, todo ello se junta en la experiencia del poeta, en su misma poesía. El futuro está allí, visible y a la mano; pero el poeta sigue enfatizando los órdenes del deseo, la dialéctica corrosiva y estéril de la transgresión.

Jorge Teillier describe así sus orígenes familiares y las raíces de su poesía: "Hijo de comunista, descendiente de agricultores medianos o pobres y de artesanos, yo, sentimentalmente, sabía que la poesía debía ser un instrumento de lucha y liberación y mis primeros amigos fueron poetas que en ese entonces seguían el ejemplo de Neruda y luchaban por la Paz y escribían poesía social o de 'realismo socialista'. Pero yo era incapaz de escribirla, y eso me creaba un sentimiento de culpa que aún ahora suele perseguirme" (*Sobre el mundo donde verdaderamente habito*).

Desde sus primeros poemas, Teillier irá excavando en el territorio de la Frontera como en una patria propia. No hay territorio mejor reconocido, habitado y decantado dentro de la poesía nacional, que éste suyo, de Lautaro y de Victoria. Quizás únicamente el valle de Elquí o algunos hielos y nieves australes en la poesía de Mistral alcancen esta transmutación de una región concreta en zona simbólica, en espacio soberano de maravilla y reverencia. El espacio se convierte en alma, las estrellas y el día vienen a habitar el tiempo del poeta que los recibe en un ritual de sacrificio. Es la poesía que Teillier ha llamado "lárica", de los lares, poesía de aldea y de la comunidad, que trata de recrear el fuego y la tibieza de la fraternidad destruída.

Para Teillier, toda la realidad está poblada por huellas y signos de esa Arcadia dolorosa, atravesada, en la infancia misma, por el conflicto y la contradicción. Cae, por ejemplo, en un poema suyo una "Nieve nocturna", como potencia leve y absoluta ante la cual el poeta sólo puede reclinar la cabeza, para recibir esa ceniza de un cielo exterminado o, mejor, exterminándose. Y apenas puede contemplar, en "Los dominios perdidos", la emoción horadada en su alma por la lluvia, pero ya el alma está seca y ya nada gotea, sino una infinita desconsolación. Así, la poesía de Teillier emigra de la tristeza a un pleno desconsuelo, en que toda la realidad está traicionándose a sí misma.

La visión de Teillier es siempre la de una belleza que se escurre. Pero en esto no hay nostalgia, pues ella es el presente. Y en esta herida que mana consiste precisamente la poesía. Es realidad que se sangra. El árbol derrotado que está en el límite del bosque ha dejado de ser un individuo viviente entre sus hermanos, es un miembro mutilado que simboliza al poeta.

Ningún escritor como Teillier ha expresado en su existencia y en su obra este sentimiento romántico de la poesía. En nadie como en él la bohemia —que ya cumplía un papel progresista en Pezoa Véliz, al ser antídoto contra el arribismo— llega a ser un oficio sagrado donde la poesía brota como un herido esplendor. Para él la poesía sigue siendo un suicidio cotidiano o, mejor, es en su cuerpo la cotidianidad que se suicida para transfigurarse en fruto incandescente: la ofrenda ardiente de esa "nieve nocturna".

Efraín Barquero no procede de un ambiente urbano, como Lihn, ni de la zona de la Frontera, como Teillier, sino de una localidad campesina enclavada en el interior del Valle Central. Mientras Lihn y Teillier son poetas de la escisión y el desgarramiento, Barquero intenta aprehender en su poesía —y cantar— más bien núcleos o centros de permanencia. En *La piedra del pueblo* (1954), su primer libro, halla esa veta en la fuerza granítica de las masas. La obra es amplia sucesión de poemas, divididos en dos territorios mayores: "La tierra" y "El fuego". Y es precisamente de la unión de estas dos substancias elementales que, como emanación volcánica, nace y surge la piedra popular del poeta:

la embriagada de muerte y azufre, la necesaria  
piedra de las erupciones,  
¡ la piedra del pueblo !

Posteriormente, en *La compañera* (1956), descubrirá un núcleo de permanencia semejante en el vínculo amoroso, vínculo activo y abierto que comunica al poeta con el mundo y con la especie. Este ánimo de fundamentación se prolonga aún más en su poesía del ancestro, expresión privilegiada de la cual son sus libros *El pan del hombre* (1960) y *El regreso* (1961). En ellos la familia, concebida como

continuidad de los muertos y los vivos, adquiere una poderosa revelación que comunica ahora al poeta con la unidad de la tierra. Tierra, mundo y especie fundan así, en la obra de este poeta, una morada permanente.

Esta es la vena de mayor densidad en la poesía de Barquero. Hay otra, más frágil tal vez pero muy sugestiva, que nos habla de las actividades y los oficios sencillos del pueblo. El arte doméstico lleno de picardía, en *Maule* (1962) y las artesanías aldeanas o rurales en sus *Poemas infantiles* (1965), representan esta otra orientación. Es una faceta más de su poesía en pleno desarrollo.

Si es que hay realmente un antipoeta en la poesía chilena, él no puede ser otro que Armando Uribe Arce. Poeta culto, que usa su cultura para promover asociaciones humorísticas o irónicas, hay en Uribe un tesonero ir en pos del nervio de la poesía. La sucesión de sus libros revelan un proceso de marcado despojamiento. Sus primeros libros, muy influidos por la poesía inglesa contemporánea, son sobre todo situacionales. *Transeúnte pálido* (1954) y *El engañoso laúd* (1956) están llenos de escenas familiares, vistas por el ojo distorsionador de un adolescente; escenas de colegio o de salón inglés. En *No hay lugar*, su último libro, casi todo esto ha desaparecido por un arte, más que de concentración, de excoiación. La experiencia ha sido pelada, como una fruta, y queda sólo el nervio. . . de la experiencia. Por ello el lazo común que conservan sus nuevos poemas con los anteriores es un cierto trazo epigramático. Pero ahora son los fragmentos líricos griegos y la poesía de Ezra Pound los que más se dejan ver en las líneas buriladas y percutientes de Uribe. El poeta trata de captar, en un mínimo haz de palabras, el máximo fulgor. De ahí que en ellos se junten —puntos como son y emanaciones a la vez— nitidez y sugereencia, perfil e irradiación, esencialismo y vitalidad.

## LOS NUEVOS

La Revolución Cubana triunfante, capaz de derrotar al invasor de Playa Girón y de superar la crisis internacional de 1962, pone en marcha un despliegue considerable de energías históricas en todo el continente. El canal más poderoso de comunicación popular no fue, sin embargo, la nueva poesía, sino la canción popular chilena, un fenómeno de extraordinaria valía y repercusión que habría que justipreciar alguna vez. Las voces de Violeta Parra, de Angel e Isabel Parra, de Patricio Manns, de Rolando Alarcón, de Víctor Jara, Charo Cofré y conjuntos artísticos como el "Quilapayún" y el "Inti-Ilumani" propagan y difunden el sentimiento que experimentan las masas de participar en un proceso de liberación a escala continental.

Los poetas empiezan más atrás, con una subjetividad más replegada en sí misma. Es como si la poesía debiera reandar cada vez el camino y todo poeta tuviera que pasar nuevamente por el túnel de su propia interioridad. Pero ello ocurre ahora en un punto más alto de la espiral histórica. Por eso todos ellos luchan por acercarse más y más a la actividad popular, por absorber y revelar el momento histórico que vive el país. Juzgarlos, a esta altura de su producción, sería prematuro. Dejo aquí simplemente sus nombres: Oscar Hahn, Waldo Rojas, Omar Lara, Gonzalo Millán, Hernán Lavín, Floridor Pérez, Jaime Quezada, Sergio Hernández, Jaime Giordano, Osvaldo Rodríguez. . . Varios de ellos fueron hechos prisioneros en el instante del golpe militar y conocieron las cárceles o los campos de concentración. Unos pocos quedan en Chile. Casi todos están exiliados, en una diáspora sin cuento. Todos sin excepción continúan escribiendo, denunciando la situación de opresión que vive Chile bajo la Junta Militar. ●

# RESEÑA ACTUAL DEL TEATRO EN CHILE

● PEDRO BRAVO-ELIZONDO

A mediados de 1975, por el canal estatal de televisión el asesor cultural de la junta militar que rige a Chile, Enrique Campos Menéndez, señalaba:

“Todo el mundo no puede aprender latín ni las lenguas muertas, y ahí comienza la cultura. La cultura es una cuestión naturalmente selectiva ya que sólo algunos pueden realizarla y entenderla.”

El militar-rector de la Universidad de Chile en su mensaje inaugural a los estudiantes, les advertía “Aquí no se viene a pensar; aquí se viene a trabajar.” Frases como las citadas, indican claramente la posición de la junta, frente a la Cultura. La militarización y orientación ideológica de la juventud ha sido expuesta con claridad por Ariel Dorfman en su artículo “Chile: la resistencia cultural al imperialismo.” (1) De más está insistir que la censura, el control y la represión dan la tónica dominante. En el plano teatral, hasta el golpe militar de septiembre de 1973, el teatro profesional contaba con catorce compañías en Santiago, dos en Concepción, dos en Antofagasta, una en Valparaíso, varias semiprofesionales en Talca y Santiago, y una cantidad aproximada de seiscientos grupos teatrales no profesionales, de los cuales unos cuatrocientos estaban agrupados en la Asociación Nacional de Teatro - Aficionados de Chile (ANTACH), vinculada a la Central Unica de Trabajadores (CUT).

Las escuelas universitarias de teatro, Universidad de Chile y Universidad Católica, formaban profesionales en Dirección, Actuación y Diseño (Escenografía, Vestuario, Iluminación), de acuerdo con las exigencias de una carrera de nivel universitario. La carrera de Instrucción Teatral, que funcionaba a nivel de profesores y obreros, en estudios nocturnos de dos años, preparaba los monitores teatrales para movilizar el desarrollo del arte escénico en colegios, barrios, provincias y campos. Cada año unos ciento cincuenta alumnos terminaban sus estudios en ambos niveles. El teatro aficionado recibía así el aporte de estos instructores, sistematizando una labor que se hacía intuitivamente. El teatro proliferó en fábricas, sindicatos y universidades, y los universitarios dirigieron su acción a los sectores populares con clases y prácticas en los propios lugares de trabajo. Un obrero de la Textil Progreso, industria incorporada por el Gobierno de Allende



al área social, declaraba a un periodista, a fines de 1972. "No queremos hacer teatro sólo por el gusto de hacerlo, sino utilizarlo para ayudar a los trabajadores a comprender mejor algunas cosas y problemas, como una herramienta, como una luz intencionada."

La junta militar inició su tarea frente a la cultura con la más violenta represión que se haya conocido en la historia de América Latina, destruyendo de una vez por todas el mito del apoliticismo militar chileno. En los primeros tres meses, valiosos trabajadores de la cultura fueron asesinados; otros recluidos en prisión y largamente torturados. Sólo en la Universidad de Chile 800 funcionarios fueron despedidos de sus tareas docentes y artísticas, mediante una carta mimeografiada. Otros debieron exiliarse. Los asesinatos de Víctor Jara, Ana María Puga, Jorge Peña, Hugo Araya, Sergio Leiva, Alberto Ríos y otros, constituyen sólo algunos ejemplos de la represión sufrida por el arte chileno. Los trabajadores del arte exiliados están repartidos en América Latina, Estados Unidos, Europa y África.

Héctor Lillo, Presidente del Sindicato de Actores de Teatro, Radio y Televisión, declaró al diario *Las Últimas Noticias* en septiembre de 1975 "que un 96% de los actores chilenos están cesantes" y deben ejercer cualquier oficio para subsistir en una realidad económica que muestra una cesantía superior al 20% en estadísticas aceptadas por el gobierno. Han desaparecido los teatros profesionales de Concepción, Antofagasta y varios elencos de Santiago, o, luego de ser expulsados sus dirigentes y actores destacados, han regresado a sus actividades con múltiples limitaciones y controles.

En la cartelera santiaguina, las obras ofrecidas carecen de contenido crítico: la censura es el mayor freno; ante el temor de incurrir en infracciones priman las obras digestivas, policiales o clásicas, es decir, obras que jamás podrían recibir el calificativo de subversivas. En 1974, el Teatro de la Universidad de Chile presentó *Bodas de Sangre* de Lorca; el Teatro de la Universidad Católica, *La Vida es Sueño* de Calderón; el Teatro de la Universidad Técnica, *Las Bodas de Figaro* de Beaumarchais. En 1976, *Las Alegres Comadres de Windsor* de Shakespeare por la Universidad de Chile; *El Pastor Lobo* de Lope y *El Burgués Gentilhombre* de Moliere por la Universidad Católica; *La Viuda Astuta* de Goldoni por la Universidad Técnica. La tónica teatral es de una cautela rayana en la asepsia. De allí que se escojan sólo dos conductos: el teatro clásico y las comedias musicales. Los teatros universitarios han suprimido sus jiras y enfrentan el problema de subvención, pues la junta militar está empeñada en el autofinanciamiento de las Universidades, lo que significará la eliminación de la actividad artística. En enero de 1976 se anunció el cierre de la Escuela de Artes de la Comunicación de la Universidad Católica de Santiago, donde se formaban los trabajadores de teatro, cine y televisión y se editaba una Revista con artículos relacionados a estos campos de estudio.

Los grupos independientes, tres por lo menos, siguen laborando honestamente en 1977. El Ictus ha presentado una creación colectiva ensamblada por David Benavente: *Pedro, Juan y Diego*; el Teatro de Comediantes que actúa en la Sala del Ángel, estrenó *Home* de David Storey, y el Teatro Imagen en la Sala del Instituto Chileno-Francés, *Te llamabas Rosicler* de Rivano.

La disminución del público en las salas teatrales es otra de las consecuencias de la persecución a la cultura. Los precios de los espectáculos son prohibitivos para la gran masa. El público que asistía mensualmente a las salas

teatrales hasta 1973 oscilaba entre veinte y treinta mil espectadores. De estos, no menos de cincuenta mil anuales, correspondían al teatro de la Universidad de Chile que cumple este año treinta y seis años de labor ininterrumpida y cuyo creador y fundador Pedro de la Barra, fallecido en julio de este año, recibiera el premio de Teatro *Ollantay* por su labor en pro del teatro latinoamericano en Bogotá, febrero 18, 1977, otorgado por la Federación de Festivales de Teatro de América. El teatro de la Universidad de Chile, que ocupa una sala de quinientas dos butacas, ofrecía anualmente alrededor de trescientas funciones, durante una temporada de nueve meses al año. Cifras entregadas en 1975 indican un total de doscientas veintiuna con un público anual de veintisiete mil ciento cincuenta y ocho espectadores, de los cuales, veinte mil ciento veintisiete corresponden a una sola obra, *Las Alegres Comadres de Windsor*; el resto corresponde a otras tres obras. Con estos datos, si hasta 1973 el público santiaguino que iba al teatro profesional, alcanzaba al 1% de la población, con las cifras anotadas no alcanza al 0,5% de ella.

Pero si la actividad teatral permitida refleja las limitaciones típicas de un régimen totalitario, los trabajadores del teatro, dentro y fuera de Chile, luchan no sólo por la sobrevivencia de su arte, sino por rescatar al país de la dictadura. Como ya lo indicáramos, el teatro empieza a renacer en la legalidad permitida y en la ilegalidad. No menos de doscientos grupos de teatro-aficionados han surgido en el país. En colegios, universidades, bajo el alero de la iglesia, en barrios y provincias aparecen los elencos, luchando contra las dificultades imaginables en el medio militar. En el exterior han nacido grupos teatrales formados por exiliados chilenos como el Teatro Popular Chileno en Londres que ha presentado *Chile, 1973*, teatro-testimonio de los campos de concentración, las represiones y la lucha por la libertad. En Canadá, el Teatro del Ande presentó *Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta* de Pablo Neruda. En Costa Rica, el Teatro del Ángel en San José estrenó en 1976 *La Virgen del Puño Cerrado* de Alejandro Sieveking, Premio Casa de las Américas 1975 con *Pequeños Animales Abatidos*, que presenta la realidad chilena pre-golpe facista. Para qué hablar de actores europeos que han elegido el tema de Chile como objetivo de su trabajo, al igual que actores latinoamericanos. Los dramaturgos siguen trabajando por su país. Jorge Díaz lo hace en España y ha titulado una de sus obras *Pienso: Luego Exilio*. Hay un teatro clandestino que se difunde más allá de las fronteras chilenas: *Toque de Queda* —Crónica Dramática sobre Chile— firmada con el seudónimo Lautaro, fue programada en el Tercer Festival Internacional de Teatro realizado en Caracas, en abril-mayo 1976.

Esta breve reseña basada en los aportes entregados por la delegación chilena en el exilio a la Conferencia Internacional de Teatro del Tercer Mundo, efectuado en Caracas, abril 20 al 24, 1976, tiene como sólo objetivo señalar la pujanza de un movimiento artístico que en 1941, con la creación del Teatro Experimental, reafirma una corriente intelectual e ideológica nacida al calor de un proceso político popular y que entronca con el nacimiento mismo de la República. El Cura de la Buena Muerte, Camilo Henríquez presenta su *Camila o la Patriota de Sud América* para afirmar las ideas de propaganda libertadora. El compromiso con el pasado no ha sido olvidado, pese al terror. ●

(1) 'Casa de las Américas', número 98, septiembre-octubre 1976, pp. 3-11.

# ALGO LE PASA AL MAR

*Canto VIII del libro inédito 'Algo le pasa al mar',  
dedicado a la memoria de Pablo Neruda.*

● J O R G E J O B E T

## VIII

*i Oh, capitán de amores y embestidas,  
de grandes aventuras,  
donándole al copihue su montaña,  
al luchador pacíficas costumbres,  
una misión de tórtola al labriego,  
a tus lemas la pulpa,  
a la nación la gana y el empeño  
de alivianar sus mulas,  
sin inquirir la traza del viajero,  
del llano o de la cumbre,  
adelante con rosas y con dalias  
en tus ojales públicos !*

*De tus viajes al pueblo te asombraron  
sus alboradas con las manos juntas,  
y así también los hijos de Occidente  
sin marcas ni herraduras,  
tus mojadadas violetas provincianas  
deseando unas columnas  
que empujaran del catre a las estrellas  
la helada del que sufre,  
el mensaje recóndito y tallado  
de nuestro extremo con humildes ulpos,  
de vigía y con flotas invencibles  
en tu soberbio buque.*

*Había que zarpar porque la historia  
ordenaba doblar cabos y puntas,  
mostrarle al oprimido los paisajes  
con ancas de huemules,  
con cóndores en cimas arrogantes,  
con águilas que abrumaban  
este largo bregar de una existencia  
con agobio de yugos.*

*Así te vimos de olmo y guardabosque,  
comandante de abejas en Contulmo,  
teniente de gavillas infaltables,  
de balsero en Aisén con su bravura,  
de civil en las huelgas de corvinas,  
jefe de los comandos con sus rucas,  
curandero benéfico del polen,  
de maquinista y crítico de fondos,  
embajador de veinticuatro lenguas  
con referencia a Cunco.*

*Eras un bergantín extraordinario,  
un salvador de cosas en desuso,  
coleccionista de trampas y cornetas  
que llaman a la lucha,  
reconstructor de especies vapuleadas  
por gorriones, por peucos y por búhos.*

*i Oh, capitán que siempre regresabas  
al Pacífico obscuro,  
con regalos que exaltan a los dioses  
y sombras de tabucos,  
terminando tus libros perentorios  
con renovado impulso,  
una cuenta de vidrio y una gema  
de tu amor material que nos encumbra  
como cometa arriba de miserias  
en un dieciocho rubio !*

*Al fin el ancla reclamó el derecho  
de aferrarse a las algas sin columpios,  
tirándose ella misma por el ojo  
que la mañana alumbra,  
zafada su cadena de la proa  
que ya no te conduce.*

*Es la muerte que tanto te apuntaba,  
tu vencedora astuta,  
la sin cimientos, bloques ni crujidos,  
la pared sin pintura,  
el caracol pegado de una viña  
con cachos y con susto,  
el colchón que navega por edades  
de mortecina espuma,  
la invitada a quien nadie le ha pedido  
su consuelo de brumas.*

*Es tiempo de coger la adormidera,  
de enderezar el rumbo,  
de descubrir la gruta de los monstruos  
que procrean sin ínfulas,  
de quedarse en la tierra como un árbol  
esperando sus frutos,  
silenciosos en mansiones sin un cliente,  
blandura de los pulpos  
calentando tu frente con el iris  
de una llama sin humo.*

*Pesada es tu corona de alegrías,  
sin segundo Neruda,  
voluntario de Arauco y pregonero  
de victoriosos tumbos,  
desde Santiago al tope de los Andes  
miliciano y contuso,  
defensor de cariños populares,  
enrolado sin dudas,  
legislador por libres elecciones  
de tu raíz con grúas,  
anclado entre los próceres de América  
como en tu Nuevo Mundo. ●*

# EL PATIO GRANDE

Del libro inédito "El Patio Grande".

## ENVASE

Pero  
la Historia  
se computa  
en siglos y millones de kilómetros  
o litros  
y  
no  
en  
pasos  
ni besos.

## TOTAL

Y al final de cuentas  
la Historia  
la teje el ganador.

## RESUMEN DE LO ANTERIOR

Y perros nuevos  
como éramos,  
nos encontramos  
con la Historia  
en un recodo del camino,  
y realmente  
no supimos que hacer con ella.

## CRONICAS DEL NUEVO MUNDO

Porque, desde que el mundo es mundo,  
el conquistador siempre penetró  
la mujer del vencido,  
y no justamente con amor.

Porque,  
gatos afortunados al fin y al cabo,  
nos libramos del patíbulo  
y zarpamos hacia las indias,  
pero  
por esas cosas de la vida  
la tierra —de pronto— dejó de ser cuadrada,  
y el ombligo de oro del Budha  
que buscábamos,  
se transformó en el ojo  
desta sepiente emplumada  
que no nos quita el ojo  
de encima.

## MACCHU PICCHU

Cinco horas secándonos  
los ojos del paisaje,  
hasta llegar a los pies del Urubamba  
corriendo que era un gusto,  
y el Cerro Viejo elevándose  
ante nuestros ojos,  
mezcla de post-card y realidad.

Tanto joder para ver las piedras  
y el Torreón y la Tumba del Inca  
y el peñasco en donde amarraban al sol  
—el hombre ¿dónde estuvo, Neruda ?  
y la vieja de los prismáticos  
que dice que vió un condor  
y la rubia niña  
sentada sobre la Funerary Rock  
dejándose inmortalizar en la placa.

## ● THITO VALENZUELA

### PLAZA ROJA

La imagen se inmoviliza  
ahora y para siempre  
contra las torres de San Basilio.

Esperando  
el rito del cambio de guardia  
ante la Tumba de Lenin.

Tras el mausoleo:

Stalin:  
—blancura del mármol aún sin tiempo—  
( A un costado: la carcomida barba de Trosky )  
pareciera  
tomar nota  
deste vagar entre los peregrinos.

### BERLIN, 11 DE SEPTIEMBRE DEL 75

Enredados  
a esta ciudad dividida  
en donde los perros  
han desplazado a los niños  
en la sonrisa destas matronas solitarias  
que sedimentó la guerra.  
La llovizna continúa  
humedeciendo el cabello  
en esta marcha que también se aprovecha  
para gritar por lejanas luchas.

Ni nudo en la garganta  
ni indiferencia en las tripas  
por la amplificación de las frases,  
que llegan ahora, a través del rock  
que está sonando en el Wurlitzer  
y el clik-clak del tragamonedas,  
hasta este boliche  
en que nos hemos refugiado  
—como tratando de reconstruir  
un trozo de la plaza Almagro—

### SPRING-TIME AGAIN

Este afán  
de arrancarle los brazos a los árboles.  
Este afán  
de robarle fragmentos de vida  
a las flores.  
Esta manía  
de arrebatarse  
trozos de tiempo al pasado  
y envasarlos en imagen.  
Ay, este fotógrafo ambulante  
que hay dentro de cada uno. ●

# ISA MAR

*Para Isabel Margarita*

● JAMES SCULLY

*Traducción de Fernando Alegria*

*Qué reunión la que tuvimos  
en el restaurante de Nueva York  
Cuando el pelo te bajaba en cascada  
hasta las caderas.  
A Pablo lo volvía loco.  
Bautizándote 'Isa Mar'  
—como a una agua oscura, deleitándose en lo dulce,  
desbordándose—  
escribió  
para ti o para ella  
versos fugitivos en las servilletas.  
Volvías de prisa  
al negro mercurial  
de las sílabas marítimas de Isa Mar. . . .  
Isabel Margarita se quedaba en la playa.*

2

*Isabel ¿qué oyes?  
Tu marido abandonado, allá por la Tierra del Fuego  
en la Isla Dawson.  
En un mundo pequeño, más pequeño que la luna.  
Sus fuegos minúsculos no iluminan a nadie.  
Día y noche  
las torres vigilantes apuntan con su mira  
hacia el campo de concentración.  
Otras observan el mar.  
Ningún rostro enrojecido  
a la vista, nadando.  
Sólo bienvenidos pingüinos  
como embajadores que mantienen su distancia.  
El Círculo Antártico hierve con vida animal  
por qué no trasmite nada  
más que olas de frío y humedad. . . .  
Ya no estás bajo arresto domiciliario,  
cumples tu condena  
es este lujoso apartamento  
tu ojos se agrandan: globulares.  
La carne pesa más  
porque pesa tu corazón.  
Podrías ser un paje  
mordisqueando, esperando los mensajes,  
con el pelo corto y bien peinado.  
Detrás de una pantalla de TV  
como en una pantomima de sombras  
el general da un golpe con el puño.  
Tiene un público cautivo  
de 10 millones de almas.  
Su oficina tan cerca,  
que las ventanas polaroides  
reflejan  
un débil crepúsculo de bronce  
en tu ventana.  
Cuando abre la boca  
todo Santiago  
se encoge como una sola cabeza comprimida.  
El poeta está muerto.*

El Ministerio de Obras Públicas  
va arrastrando la urna desde un mausoleo arrendado  
a otro.

Su tierra no puede vivir con esta urna  
que balancea y gira  
en el Cementario General  
como reliquia echada al mar. . . .

Isa, en un moliente silencio  
entre un hemisferio y otro  
se hundieron  
los fragmentos de poemas para ti.

3

En tu mirada púrpuramente oscura  
de madreperla,  
hay una caverna para encunarse  
escuchando  
las aguas frías, negras  
reventando de costado en la playa  
de ahí sale

Pablo  
huyendo del hospital, de las camas momias  
de Santiago.  
Necesita  
Isla Negra  
para morir.

Ama las piedras en bruto  
semi preciosas.  
Ama lo que llega a la vida estallando como los pájaros!  
Y quiere y consigue una jaula de crujidos y aleteos  
un iridiscente tapiz  
que se pavonea, copula, canta, defeca  
y vuelan sus plumas.

Quiere la bienaventuranza  
de morir  
donde la vida palpita y no existe la vergüenza  
porque es el único modo de vivir,  
Su cama está esquinada en la pieza.  
Mira al mar  
que va del iris al azul, al negro, al verde  
y al iris, allá, a través de la ventana. . . .

También aparece Orlando  
extraño con su pelo rojo.  
Cuando llamó a su oficina, quién iba a contestar  
sino un general.

Levantó el teléfono y lo mantuvo en el aire:  
' Escucha la voz de un traidor ' .  
Luego desayunó, leyó el periódico,  
en completa calma  
lo llevan a la prisión.

En Dawson hace una taza con un tarro de lata  
bien terminada le pone la empuñadura como de caña.  
Detrás de la alambrada  
no se acobarda  
ni se achica para gritar.  
Tus días y tus noches  
remolinean y corren alrededor  
de esta roca rojiza  
que se alza como un hombre,

Donde termina la tierra ¡oh!  
el general Pinochet  
asoma su cabeza de abuelo  
ladrando como una foca  
en la neblina.  
Le arden los ojos, no puede  
dormir, ni ver  
a través de la membrana de sangre  
Y es adicto a los uniformes blancos y almidonados  
su propia forma de auto-tortura.  
Para recordar  
qué fresco  
y puro se sintió alguna vez?

¡ Qué fué del niño  
que su madre llamaba  
Augusto, Augusto !  
Lo que queda  
anda despierto tanteando  
en medio de extraña sangre familiar.

Tu negro corazón palpita y palpita  
demasiado profundo para odiar.

Tú revelas estas cosas  
y te vas deslizándote, diciendo  
vivid una vida hermosa.

4

Recuerdas, Isabel, las noches  
cuando te sumergías en el agua helada como hielo  
que te cubría la cabeza,  
tan joven, tú y tus amigas  
jugando como delfines.  
Pero entrando en calor  
con pisco crudo.  
Esa era la vida entonces.

Y cierta vez una gitana te quitó el dinero.  
Maldiciéndola le tiraste  
las gruesas trenzas  
¡ eran postizas !  
Tan sorprendidas quedaron  
que te devolvió el dinero. . . .

Isabel esto es para ti,  
por el frío  
por los pedazos perdidos  
de poemas a Isa Mar,  
por el resto que no volverá  
porque se fue sin decir nada.

Es verdad: las serpentinas de elogios  
como cintas  
rehusan perderse.  
si algo sabía Pablo  
era esto.

Tú no eres un cuerpo de sal y agua  
—arrugado y sordo—  
sino una mujer valiente y resistente.  
Pero, una niña, también niña  
que responde al nombre de Isabel  
¡ Isabel Margarita !  
No se pierde la poesía que se hace para ti. ●

# EXPULSION

● EUGENIO VELASCO LETELIER

Pedimos audiencia con el Ministro Retamal, Presidente de la Sala que oyó mi alegato a fines de Mayo.

—Está ocupado, don Eugenio, pero dice que lo espere un momento, que ya los va a recibir— nos comunica amablemente el empleado.

Recorremos a paso lento los familiares pasillos de los tribunales. Parecen ser parte de una inmensa oficina común donde los abogados convivimos día a día, sea en espera de alegar una causa, en la discusión del problema legal que nos preocupa o en busca de la última novedad judicial; y, desde Septiembre de 1973, también en el intercambio de informaciones acerca de los arrestos, los campos de concentración, las brutalidades de la DINA, las torturas y las tristes y desilusionantes actitudes de las cortes frente a la Junta. Hace 35 años que cada tarde paso horas o minutos en ese recinto en el cual todos —jueces, funcionarios, abogados— nos conocemos al menos de vista. Comencé a practicar la costumbre —que llega a ser parte de la naturaleza de un abogado— cuando siendo estudiante trajinaba con mis escritos bajo el brazo, como procurador de un bufete y trabajaba, además, en la Corte Suprema de “secretario de ministro”. O como “escribiente” en el lenguaje que usaba con espíritu despectivo uno de los jueces a quienes sacaba en limpio las sentencias. Mi jefe, el oficial primero de la Corte, era entonces José María Eyzaguirre, su actual Presidente.

Seguimos “haciendo hora”, nos paseamos y cambiamos algunas ideas sobre otro asunto profesional que atendemos en común. Volvemos al tema de siempre en estos tiempos y Héctor me pregunta:

—¿Cómo te ha ido en los últimos amparos?—

—Qué quieres que te diga. Tan mal como de costumbre, o tal vez peor. La cosa se ha puesto más fea. Ahora la gente desaparece sin dejar rastros. Se detiene a una persona en su casa, en la madrugada, en presencia de su familia, se presenta el recurso, la Corte oficia al gobierno y el Ministro del Interior responde que no ha sido detenida y se acaba el proceso. Parece increíble. El otro día me tocó atender un caso de novela y la actitud de la Suprema me dejó realmente abrumado. Fíjate que. . . .

—Don Rafael los espera, pasen por acá, nos grita desde lejos el empleado de la Primera Sala. Mi historia queda interrumpida, y apuramos el paso casi hasta trotar.

Con la respetuosa confianza que da el haber trabajado largamente a su lado como abogado integrante de la Corte, me animo:

—Don Rafa, perdone que lo molestemos de nuevo, pero hoy es viernes, y a pesar de lo que nos dijo el lunes, el fallo de la queja en el asunto de ENAVI todavía no sale; y han pasado dos meses desde la vista de la causa.—

—Qué raro, —responde el Ministro Retamal con su gentileza de siempre. Pero no sean tan inquietos— añade. Debe ser cuestión de un momento porque yo lo firmé esta tarde. Seguramente andan sacando las firmas de los demás compañeros.

—¿Y no nos puede adelantar nada para calmar los nervios, Don Rafita?

—¡ Hombre ! Uds. saben que no puedo. Pero esperen tranquilos, ya queda lo menos. Salimos.

—¿Crees tú que nos irá bien?

—¡ Por supuesto ! No podemos perder. Tengo plena fe en que ganamos en toda la línea. ¿Y no crees que la referencia de don Rafa a la “tranquilidad”, no es una confesión subconsciente de que la sentencia nos es favorable? No cabe duda.

—¡ Ojalá ! Dios te oiga. Vamos a la Secretaría para ver si ya está firmado por todos los ministros, o si todavía andan recogiendo firma; y mientras caminamos, cuéntame el caso que ibas a comenzar.

Rutinariamente miro mi reloj.

— ¡ Viejo, perdóname, pero no creí que ya fueran más de las 5 ! Tengo gente citada a esta hora y deben estar esperándome en la oficina. Tendrás que aguardar solo. Y no dejes de pegarme un telefonazo en cuanto sepas algo. No me moveré de mi boliche hasta las 8 y después estaré comiendo en la casa con todos mis chiquillos. ¡ Cuántos años que no junto al equipo completo ! Chao.

Bajo las escaleras apresurado mientras repaso mentalmente el delicado problema de la señora X, que debe estar ya esperando, y las soluciones que le propondré. El tráfico en Bandera es intenso. Espero impaciente para cruzar la calle y llegar a mi oficina que está ahí mismo, en el edificio de enfrente. Media hora después —sigo el repaso— vendrá don Y, a firmar el recurso que ya debe estar en limpio, pero que debo revisar; a las 6 llegará doña Z, siempre malhumorada y rezongando porque la pensión que fijó el juez no le alcanza para nada mientras el sinvergüenza de su marido. . . ( y tendré que tragarme una vez más la historia completa ); en seguida don N. N. traerá los documentos que le pedí para terminar de redactar el borrador de su demanda.

No sé cómo ni cuándo he cruzado la calle. Lo he hecho como un autómatas, ausente de cuanto me rodea. Al abrir de manera también mecánica las puertas batientes de cristal, vuelvo a la realidad; veo que el ascensor está allí, listo, con sus puertas abiertas.

No llegaré tan atrasado. Apuro el paso. Entro y saludo al muchacho ascensorista, a quien he visto crecer en su trabajo. No alcanzo a escuchar su respuesta. Una de las personas que ha entrado junto conmigo se detiene a mi lado izquierdo y me dice al oído, en voz baja pero llena:

—Necesitamos hablar con Ud. Absorbido por mis preocupaciones, le respondo sin realmente prestarle atención:

—Perdón, señor, pero hoy es imposible. No tengo un segundo libre. ¿ Por qué no llama mañana a mi secretaria y. . . ? Fuertes apretones en los brazos me interrumpen. Sólo entonces advierto que hay unos diez hombres en el ascensor, todos concertados. El que me pregunta por la entrevista es uno de ellos.

—No es ná ahí donde queremos hablar. Vamos andando, —me dice ahora con voz enérgica—, mientras entre todos me obligan a salir del ascensor. Dos me sujetan y empujan y los demás nos rodean tratando de ocultar el hecho. Mi corazón comienza a palpar con fuerza y siento una transpiración helada en la frente. Todo ha sido tan rápido e imprevisible que recién comienzo a tomar conciencia de lo que pasa. Me llegó la hora, como antes a Chela Alvarez, a Pepe Zalaquett, a Hernán Montealegre y a tantos otros abogados metidos en la lucha por los Derechos Humanos. Mi cabeza se llena con los terribles casos que me ha tocado defender en los últimos meses y recuerdo que la técnica de moda es “hacer desaparecer”. Mientras más sigiloso e inadvertido sea el arresto, más posibilidades tienen de justificar la mentira. El sebo del Ministro del Interior en su habitual cinismo informará que no he sido detenido; que el Gobierno ignora en absoluto mi suerte; que a lo mejor algún grupo extremista me secuestró para crearle problemas a la Junta y sumarse a la “infame campaña internacional del marxismo”; o que ¡ quizás en qué pasos andaba yo que preferí fondearme !

Cada gesto, cada actitud de los hombres que tratan de ocultarse demuestra el claro propósito de que mi detención no sea advertida. Sólo el ascensorista se ha dado cuenta y no es problema lograr su silencio. Si las amenazas no bastan, queda el recurso de Tres Alamos y aún su propio “desaparecimiento”. Tengo que hacer algo: armar escándalo; meter bulla; tratar de que todo el mundo se imponga de mi arresto.

Antes de que el escondido y tenso llevarme de los brazos en medio del grupo llegue a las mamparas, vuelvo la cabeza y miro al ascensorista.

Petrificado, lívido, tomado a su palanca sin atinar a nada. ¡ Juanito ! —le grito con todas las fuerzas de que soy capaz— sube a la oficina, di que me están secuestrando, que son de la DINA. ¡ Avisa a los abogados del edificio ! ¡ Corre, apúrate !

— ¡ T'ate callao, mierda ! ¡ Mientras más gritís va a ser pior pa' vos ! —

La presión en mis brazos aumenta con la furia de los “tiras”. Unos cortos pero violentos golpes en las costillas, dados siempre con disimulo, me tienen afuera, en la galería que da a Bandera. Supongo que por ahí, a pocos metros, en la calle, debe estar esperando un auto. Tengo unos pocos segundos para evitar que mi detención quede oculta. Hago un esfuerzo cerca de la vereda y me detengo a pesar de las presiones y empujones subrepticios. Grito como un loco. . . ¡ Ayúdenme ! ¡ Me están secuestrando estos bandidos de la DINA. Voy a desaparecer ! ¡ Soy abogado, soy Eugenio Velasco ! ¡ Tiene que haber algún colega cerca ! ¡ Avisen a la Suprema ! ¡ Díganle a Eyzaguirre que me llevan preso sin motivo alguno !

Parece que he logrado mi propósito. Hombres y mujeres disminuyen el paso y comienzan a detenerse. Nadie se acerca, ni pregunta. Saben muy bien lo que eso puede acarrearles. Sólo miran horrorizados como se apresura a un ciudadano en las puertas del Palacio de Justicia, y han oído su nombre. ¡ Al menos ya no podrá el Gobierno informar a la Corte que jamás he sido arrestado !

Distingo caras y figuras habituales de los juzgados. No sé sus nombres, pero los conozco y ellos saben quién soy. Ya correrá la noticia. Siento una curiosa sensación de alivio. Por su parte, los hombres de la DINA muestran indignación y desconcierto. Y como ya nada hay que disimular —ellos también han reparado en el número de testigos y en sus expresiones— los golpes y los empujones arrecian. Un Chevy color verde botella está en segunda fila, con el motor funcionando, junto a los autos de las Naciones Unidas que tienen allí su estacionamiento. Me arrastran hacia él. He recuperado la confianza. Me resisto a subir y poniendo mi pie derecho contra la carrocería, hago fuerzas hacia atrás e impido ser introducido a su interior. Su desconcierto va en aumento. Somos el centro de las miradas de decenas de ciudadanos, de muchos abogados. Conciente de ello, vuelvo a gritar a voz en cuello:

— ¡ Auxilio ! ¡ Si no pueden ayudarme, avisen en los Tribunales que estoy siendo secuestrado por la DINA ! ¡ A cualquiera de Uds. le puede pasar lo mismo !

Un bofetón en la cabeza, un “uppercut” en las costillas y un recio empujón terminan con la resistencia y dan conmigo en el interior del auto. Dos agentes suben rápidamente junto al chofer y otros dos toman asiento conmigo, uno a cada lado. Son los que me sujetaron por los brazos y que continúan haciendo lo mismo, ahora dentro del Chevy.

No bien cerradas las puertas, el conductor retrocede abruptamente hacia el centro de la calzada porque delante hay otro auto detenido. Con nerviosidad y precipitación muy notorias, choca con violencia a una camioneta que se acerca por Bandera. La víctima se baja indignada a reclamar, pero el que va adelante, en el extremo derecho, la mira despectivamente y ordena al chofer con energía:

— ¡ Vamos mierda ! Arrancamos con rapidez, pasando la calle Huérfanos con la luz roja encendida y seguimos hacia la Alameda. La cruzamos y llegamos a San Diego. Apenas han transcurrido instantes. Nadie dice nada. Sólo el ruido del motor y el bullicio de la calle.

Noto que el agente que va a mi derecha saca del bolsillo un rollo de “scotch”. Sin que pueda contenerme, se me escapa un: —Sé muy bien para qué usan el “scotch”. Si trata de taparme la vista va a quedar la pagada. Aunque me metan una bala, ahora sí que voy a armar escándalo; y a la palabra uno la acción con un brusco movimiento para liberar mi brazo derecho.—

El hombre reacciona y me dice:

—Si se queda tranquilo no le haré nada.

—Al contrario, si no trata de ponerme “scotch” en los ojos, yo no haré nada.

Hay una especie de acuerdo tácito y guarda el “scotch”.

Me domino y trato de hilar algunas frases.

—Soy abogado y sé que no pueden detenerme sin mostrar una orden escrita y sin identificarse. ¿ Quiénes son Uds ?, ¿ por qué me detienen ?

El mismo que ordenó no hacer caso a las protestas del chofer de la camioneta chocada, es el único que contesta:

—Sólo cumplimos órdenes. Ya el comandante le dará explicaciones.

El auto dobla por la derecha hacia la calle Alonso Ovalle, mientras insisto:

—No tengo nada que esperar. Uds. no pueden detenerme sin exhibir orden escrita y sin acreditar quienes son.—

Todos guardan silencio, como si no hubieran escuchado mis protestas; las ignoran sin perturbarse.

El auto se detiene frente a una playa de estacionamiento, en la parte de atrás del edificio del Ministerio de Defensa. El que parece ser cabeza del grupo, el del lado derecho delantero, se baja y desaparece apresuradamente hacia el edificio. Los otros cuatro quedan en el auto en actitud de carceleros. Mis vecinos siguen tomados de mis brazos.

Con más calma, vuelvo a decirles:

—¿ Cómo es posible que nadie me conteste ? Por favor, a lo menos díganme quién ha ordenado detenerme y por qué, a donde me van a llevar y qué me van a hacer.

Es como si yo no hubiese dicho nada. La escena vuelve a repetirse por segunda y tercera vez.

La espera se hace tan insoportable como el silencio. Siento que la transpiración humedece mis manos a pesar de que la tarde está muy fría. El tiempo transcurre lento, lentísimo.

Trato de no ver la hora porque recuerdo que cuando uno está nerviosamente desvelado después de una pesadilla, la noche se alarga en la misma medida en que el reloj, a fuerza de mirarlo, parece haberse detenido.

¿ Me llevarán a Villa Grimaldi o a Cuatro Alamos, o conoceré el nuevo “torturadero” de Ñuñoa, de que hablan en las últimas semanas los que sobreviven y llegan a Tres Alamos ? Porque de una cosa sí que estoy cierto: que me van a torturar. No para interrogarme sobre el M. I. R. o sobre actividades subversivas porque sería demasiado idiota. La DINA sabe muy bien qué tipo de acciones he desarrollado en los tribunales. No tienen nada que averiguar. Pero algún pretexto inventarán para darse el placer de sacarme la cresta, de aplicarme corriente eléctrica en los testículos, en la lengua, en los dedos de los pies. Contreras y sus esbirros deben odiarme y con razón. He denunciado sus crímenes cada vez que he alegado ante la Corte Suprema y ante la Corte de Apelaciones; cada vez que he hecho mis denuncias, ya sea al Colegio de Abogados, o a la Asamblea de la O. E. A.

Pero de repente me asalta la duda —a lo mejor quieren saber de veras hasta dónde estoy informado del asesinato de Carmelo Soria. No pueden ignorar que su viuda me ha ido a consultar en muchas ocasiones, que soy su abogado, que he ido con ella a la Oficina de Naciones Unidas.

Deben suponer que sé la verdad, que conversamos el mismo día que él desapareció, cuando llegó a mi casa a las 11 de la noche y aún nada sabía, salvo que a las 5 de la tarde Soria la llamó para decirle que se iba a la casa porque le dolía la cabeza. Y nunca más volvió. Es posible que sospechen cómo supimos que Soria y su auto fueron vistos en Tres Alamos ese mismo día en la tarde. Yo puedo dejar en descubierto el crimen y las burdas mentiras inventadas por los sirvientes de la Junta, aún los que visten uniforme de alta graduación, que han lucubrado una historia de amores adúlteros y de ebriedad, sin respeto por la memoria de la víctima, ni de su viuda, ni de sus hijos. Claro, por eso me han tomado. Saben muy bien



lo que he dicho en mis alegatos y ahora temen que pueda denunciar a la Suprema todos los increíbles detalles del caso Soria que están en mi poder. ¡ Y qué efectos políticos impensados podría acarrear ! Si hasta el Director de Investigaciones, un General de la República que posa de respetable y ponderado, ha participado en la tarea de encubrir el crimen de la DINA. No puede ser otra cosa la causa de mi detención. Parece haber pasado más de una hora desde la última vez que hablé y nadie me contestó. No resisto. Miro el reloj. No han transcurrido más de cinco minutos.

Me torturarán. Cuantas veces he escuchado las explicaciones de cientos, todas tan semejantes en su bestialidad, en el odio insano de los sub-hombres que las practican, en su patológica insensibilidad, en la extraña y elocuente similitud de los procedimientos. Muchos han sido golpeados, pateados hasta perder el conocimiento y quedar fracturados; muchos, prácticamente todos, han recibido aplicaciones eléctricas, los hombres en los testículos y las mujeres en la vagina y en los pechos; ninguno se ha escapado de la incomunicación por días y semanas, generalmente con la vista vendada. No hace mucho, conversando con un ingeniero socialista que había estado incomunicado en esa forma en un cuarto donde no podía dar sino uno o dos pasos, cambiábamos ideas acerca de qué sería peor, y yo me pronunciaba por la incomunicación. Debe ser cuestión de personalidad, de carácter, pero los golpes eléctricos duran minutos, se pierde el conocimiento, se siente uno morir, pero ya sé que se sobrevive —argumentaba yo entonces— más, contar los segundos, los minutos, las horas, los días, las semanas sin poder moverse, sin tener con quién hablar, sin poder leer, sin ver nada, debe ser la más brutal de las torturas. Estoy cierto que me volvería loco a los escasos días. Y ahora estoy listo para ser yo mismo sometido a la prueba y resolver la duda. Me parece verdaderamente increíble.

Recuerdo que con frecuencia me asaltan extraños sueños que se mezclan con la realidad. Y es difícil saber donde está el límite. Casi siempre se relaciona con lo que está ocurriendo en verdad, como soñar que son las 7 de la mañana y que debo levantarme cuando ésa es la hora y debo salir del lecho. Pero en el sueño no puedo moverme, me cuesta respirar y una parálisis angustiada me domina. Me quejo y mi mujer me despierta: ¡ ya estás con pesadillas otra vez ! Entonces, sobresaltado y con el pulso a toda velocidad, me levanto y me meto en la ducha. ¿ No será otro sueño y pronto me va a despertar ? ¡ Para qué auto-engañarme ! Aquí estoy jodido y nadie me despertará. ¡ Me agarró la DINA, estoy en sus manos !

Vuelvo a ceder a mis impulsos y miro otra vez la hora. Han pasado apenas dos minutos. Con dificultad, pues aún me tienen tomado de los brazos, acerco mi oído al reloj. No hay caso. Sólo van siete desde que el auto se detuvo. Las ideas siguen atropellándose en mi cabeza. No sé si estoy pálido o colorado, pero siento una extraña sensación en la piel y en los ojos. En el espejo retrovisor me diviso un círculo alrededor de cada uno, como ojeras descomunales.

Recuerdo mis alegatos de las últimas semanas. Sin excepción se han referido a personas arrestadas en la madrugada, durante el toque de queda, delante de familiares espantados que les han visto salir con la metralleta en la espalda, subir a un "jeep" militar o a una camioneta sin patente, mirar cómo le cubren los ojos con "scotch", y en todos los casos el Ministro del Interior ha informado que el arresto jamás se efectuó. ¿ Qué ha sido de esos hombres ? Si están aún presos, ¿ por qué y para qué la dictadura lo oculta ? Podría ser porque las torturas los han dejado en tal estado que no pueden ser vistos y como el Presidente de la Suprema tiene derecho a visitar cuando desee los "campamentos" de Tres Alamos, Cuatro Alamos y Ritoque. . . . Me interrumpo indignado conmigo mismo.

¿ Qué saco con darme argumentos tan rebuscados para tratar de tranquilizarme ? Si todos sabemos que hay veinte lugares más donde llevan a los "prisioneros", que muchos regimientos sirven de cárceles y que esos nombres no aparecen en decreto alguno, que son clandestinos y que, por lo mismo, allí no puede Eyzaguirre llegar a molestar. Además, basta con que a la Corte le digan que el preso está incomunicado. Si hasta en declaración escrita a la prensa los supremos han dicho que nada se puede hacer contra las incomunicaciones, "si ellas existen" (la frase de rigor con que calman sus conciencias) porque el recurso de amparo no las cubre. Sí. No es mentira, aunque lo parezca. Así lo dijeron a raíz de nuestra denuncia a la O. E. A., no obstante que hasta un estudiante de derecho sabe de sobra que el recurso de amparo protege también las "formas legales" de la detención y que la incomunicación es, precisa y exactamente, el modo más claro y cruel de violar esas normas procesales. No. No hay otra alternativa. Esas gentes tienen que haber sido asesinadas después de detenidas. El crimen se ha ido refinando y perfeccionando. ¿ Para qué ordenar a los Consejos de Guerra que apliquen tal o cual pena ? ¿ Para qué tener campos de concentración —aunque ellos los denominen "campos de detenidos"— que crean problemas ante las Naciones Unidas y la O.E.A. y protesta en el mundo ? ¿ No es mucho más simple hacer que la gente desaparezca e inventar en seguida cualquier historia macabra —como en el caso de Soria— o dejar sembrada la duda de si fueron terroristas que los secuestraron para "crear problemas" al Gobierno o "auto-desaparecimientos" por motivos de estrategia política ? Y si algún testigo queda, no es difícil que siga igual suerte. Si las maniobras dejan algún punto débil, ahí está la cobardía de los tribunales, que es una espléndida ayuda y por último se recurre a la deshonestidad y al pellejo duro para afrontar los comentarios y atribuirlos a la "infame conjura internacional del marxismo". No olvido lo que ocurrió en el amparo de NN, en que el único testigo del arresto también desapareció.

Recuerdo al muchacho comunista detenido en la calle hace menos de un mes cuando caminaba con su joven mujer, que tenía embarazo de siete meses. Fué baleado a quemarropa en su presencia y metido dentro de una citroneta, que partió veloz con él arriba. Un carabinero que estaba cerca, se hizo el disimulado y no quiso oír ni ver nada cuando percibió que era la DINA la que actuaba. El Ministerio del Interior, mintiendo rutinariamente, informó que jamás había sido detenido; y la Corte de Apelaciones, con el solo mérito de ese informe, rechazó el "habeas corpus" porque de los antecedentes aparecía que el detenido no estaba detenido. Apelé y el día anterior a la vista de la causa en la Corte Suprema, la corajuda mujer logró saber que su marido estaba preso en Tres Alamos y mantenido en la enfermería por tener una grave herida de bala. Fué tan decidida su actitud y tan enérgica su amenaza, que no sólo se le reconoció que el marido estaba allí, sino que le permitieron visitarlo en la enfermería, hablar con él y conversar con el médico, quien le dijo que aún no se le podía operar, que la bala rozaba el corazón y que esperaban, mediante masajes, hacerla descender algunos milímetros para intervenirlo.

El mismo día del alegato en la mañana, fué a ver al Presidente de la Corte Suprema, le relaté estos hechos y Eyzaguirre —justamente incrédulo ante tan extraña versión— llamé por teléfono a Tres Alamos y comprobé que todo lo que la mujer le había dicho era la exacta verdad. Eyzaguirre no entró a la vista de la causa, pero recuerdo que tuve buen cuidado de hablar con Israel Bórquez, Presidente de la Sala, de darle los antecedentes y de pedirle que el Tribunal, en forma oficial, con el testimonio del propio Presidente de la Corte Suprema de Chile, ordenara instruir procesos por detención ilegal, por lesiones graves y por falsedad en el informe del Ministro. Y recuerdo también cual fue la "heroica" y "justa indignación" de ese Tribunal en defensa del Derecho y de la Libertad: ignoró todo lo que se le dijo y se limitó a pedir urgente nuevo informe al Ministro del Interior, el cual llegó con inusitada rapidez diciendo que por un "lamentable error" administrativo se había informado antes que Fulano no había sido detenido, cuando en verdad lo había sido de acuerdo con las atribuciones del estado de sitio y se hallaba en Tres Alamos; y con el mérito de ese nuevo informe, los celosos jueces chilenos confirmaron la resolución apelada, pero aclarando que lo hacían porque en el nuevo informe se comprobaba que el detenido estaba detenido, pero legalmente detenido.

Recuerdo que Pinochet prometió por radio, en un discurso especial, un año atrás, hacer una rápida investigación sobre los "119 desaparecidos" que habrían muerto en las guerrillas argentinas, pero que figuraban entre los detenidos por la DINA en Chile, cuando la opinión pública se conmovió con tan insólitas como inexplicables "muertes", y que nunca más se volvió a mencionar el sumario en cuestión, que la Corte Suprema se negó en tres ocasiones a ordenar una investigación judicial sobre el mismo escándalo y que hoy corre grave peligro de su vida o de su libertad el que recuerda estos hechos. Tengo, pues, antecedentes de sobra para pensar que esta misma tarde puedo "desaparecer", aunque muchos hayan visto mi detención.

El agente regresa a tranco largo del interior del Ministerio de Defensa y, antes de que abra la puerta del auto, el motor ya está funcionando. Han transcurrido diez minutos desde que llegamos. Algo dice en voz baja al chofer y enfilamos por Alonso Ovalle hasta la Avenida Bulnes donde giramos hacia la derecha para tomar por la Alameda al Poniente. El silencio continúa. Presiento que el momento decisivo se acerca y repentinamente una extraña emoción me embarga. Hacia el sector que caminamos, no hay "campamentos" ni lugares de tortura. De eso estoy seguro. Me llevan a asesinarme a algún lugar desconocido —aún para nosotros, los abogados que creemos conocer los escondrijos de la DINA— donde también a lo mejor entierran los cadáveres de los "desaparecidos". Veo con claridad los rostros de mi mujer, de mis hijos. Recuerdo a mi madre y a mi padre.

Siento que mis ojos se humedecen y empañan. Morir así, o ser torturado brutalmente y desaparecer. ¡ Cómo van a sufrir ella y los niños ! Los veo con las mismas caras desencajadas y los ojos enrojecidos por el llanto de las mujeres que en los últimos días han llegado a mi oficina a buscar desesperadamente cualquier indicio que les acerque a la verdad, por horrorosa que sea, acerca del padre, del marido, del hijo, que hace un mes salió de la casa, al amanecer, con la vista vendada y la metralleta en la espalda, y del cual nunca más se supo, salvo el informe del Ministro del Interior que aseguró no haberlo detenido jamás. Sufrirán tanto o más que yo mismo, porque no hay peor tortura que ignorar el paradero de un ser querido cuando se teme lo peor. Saber la verdad, por dura y brutal que sea, es siempre más tolerable. ¡ Mierdas ! ¿ Con qué derecho disponen de la vida, la libertad, la tranquilidad de cualquier ciudadano ? Entonces una resolución surge y se impone como si viniese de fuera. ¡ Nada de debilidades ! Que estas bestias no vean una duda, un temor, una flaqueza. ¡ Sé mejor que nadie que miles de mujeres y hombres han afrontado estoicamente las peores vejaciones y brutalidades, las más incaleficables torturas, la muerte, en actitud desafiante, con increíble coraje, y a la emoción sucede una rabia dura y la decisión inquebrantable de no ceder. Aunque me cueste, no me verán atemorizado. Estamos cerca de la Avenida Brasil. El jefe del grupo de secuestradores, el del asiento delantero junto a la puerta derecha, sin siquiera mirar hacia atrás, habla. Debo entender que se dirige a mí. Trata de ser amable.

—Quédese tranquilo —dice mirando al infinito a través del parabrisas— porque no lo vamos a matar, ni a torturar, ni a tomar prisionero. Acabo de recibir instrucciones de expulsarlo del país en cumplimiento de un decreto que se ha dictado hoy. Vamos directamente al aeropuerto a tomar el avión. Me desconcierto. Fue lo único en que jamás pensé. Sospecho que es una superchería para llevarme tranquilo hacia otro destino. Pero al instante recapacito: no tendría sentido en estos momentos y en estas circunstancias.

—¿ Quién dicta el Decreto y por qué me expulsan ? pregunto en forma mecánica. ¿ A dónde me mandan ?

—El Ministro del Interior y el Ministro de Defensa, “mis” generales Benavides y Brady. —Se le expulsa por ser un individuo peligroso para la seguridad nacional y por haber realizado actividades subversivas. El lugar de destino solamente lo sabremos en Pudahuel. —El tono vuelve a ser artificialmente respetuoso. Ahora parece que no hay por dónde dudar. La actitud del hombre se ha transformado. ¡ Si hasta me ha dicho, generosamente, que no me van a matar, ni a torturar, ni a tomar prisionero ! Con lo que ocurre en Chile, es realmente como para agradecer tanta deferencia. Y surge clara una observación: ellos no sabían que deberían hacer conmigo después de detenerme. Actuando en forma habitual y rutinaria trataron de que mi arresto pasara inadvertido; pero ahora el jefe no sólo ha recibido la orden de expulsarme, sino de tratarme bien.

Siento que revivo. No voy a morir, ni me van a torturar. Tampoco iré a Tres Alamos o a Puchuncaví. ¡ Qué suerte la mía !

¡ Únicamente me echan de mi Patria ! Con Pinochet de “Presidente de la República” —como se ha autodesignado— y con Contreras en la DINA, debo dar gracias a la Providencia. Es cierto que con mis defensas ante los Tribunales y mis denuncias públicas de sus crímenes, les he creado problemas. Otros, por simples sospechas o por falsas denuncias utilizadas como venganza, o por tener cual o tal ideología, han sido asesinados o torturados. . . . ¡ Soy un privilegiado !

Recupero mi confianza:

Le ruego que me diga de hombre a hombre, en forma privada, cuál es la verdadera razón de este atropello. ¿ Qué me suponen o qué han inventado para justificarlo ? ¡ Porque Uds. saben tan bien como yo que todo eso es una estúpida mentira ! ¡ Es como para reírse !

—Cumpla órdenes, “señor”. Eso es lo que dice el Decreto y nada más puedo agregarle.

Vamos llegando a la población Las Rejas. Me siento tranquilo, casi contento.

—Si me van a echar de Chile, supongo que primero me llevarán a avisar a mi mujer y a mis hijos y a buscar ropa, dinero, pasaporte. Es lo menos que pueden hacer. Todo lo demás es una crueldad innecesaria. Para expulsarme, diez minutos más o menos nada significan al Gobierno.

—Lo lamento muy de veras, “señor”. Yo por mí lo haría; pero las órdenes son terminantes: directo y rápido a Pudahuel, que allá le señalarán el vuelo. No hay que perder un segundo.

—Entonces déjeme llamar desde Pudahuel a mi casa. Usted seguramente tiene mujer e hijos y comprenderá lo que será para ellos este desaparecimiento y, más tarde, saber que no estoy en Chile.

—Lo siento de veras, señor. Pero no puedo autorizarlo a llamar por teléfono. Tal vez el jefe en Pudahuel lo haga.

Otra vez un silencio espeso. El jefe lo interrumpe:

—Revíenlo con cuidado por si lleva armas.—

Me sonrío y levanto los brazos, con el tácito asentimiento de mis vecinos que me sueltan para ello:

—Revise. La única arma que he tenido en mis manos es la escopeta de mi padre, cuando niño lo acompañaba a cazar. Me registran cuidadosamente. Vacían todos mis bolsillos, y además leen y urguetean cuanto papel llevo encima. Un pequeño trozo de block mal cortado que descubren en el bolsillo de mi camisa, llama la atención de uno de ellos. Desde siempre he acostumbrado a anotar abreviadamente en un papelito que corto a mano cada mañana, las cosas que debo ver en la tarde en los tribunales. Numerados y con una letra confusa, aparecen varios nombres y, en cuarto lugar, la frase “crimen Corte”. El hombre toma una expresión indicativa de que sospecha haber hallado algo de inusitada importancia. Mientras me pregunta a qué corresponden esos nombres, lo pasa al jefe. Este insiste con notoria extrañeza en que le explique el significado de los nombres de la lista y de la expresión “crimen Corte”.

Me resulta imposible no sonreír de nuevo.

—Son los nombres de los pleitos que he revisado esta tarde en los Tribunales y esa peligrosa frase alude a varios recursos de amparo que debía ver en la Secretaría Criminal de la Corte de Apelaciones. Son todos de la Vicaría y corresponden a detenidos por Uds. que después han desaparecido y de quienes el Ministro del Interior dice que jamás han sido arrestados.

¡ Ustedes deben saber bastante más que yo de eso. . . !

Me mira con evidente molestia, me devuelve el papelito y ordena restituirme lo que me han encontrado.

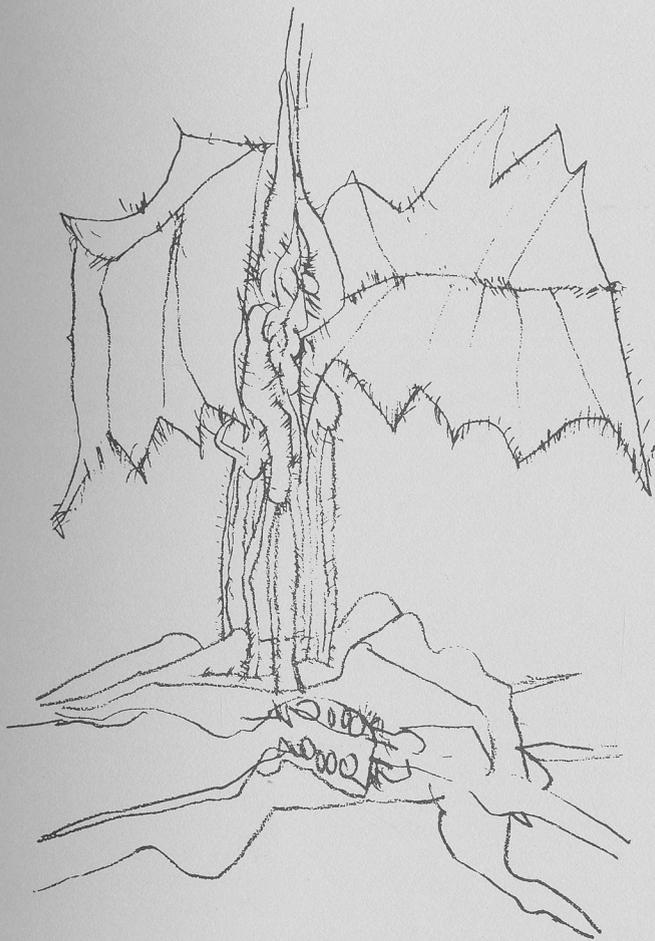
Por primera vez me detengo a examinar a mis captores. Todos tienen entre 35 y 40 años; pelo corto, casi “crew cut”; ropas muy usadas y fuera de moda, de solapas y pantalones angostos, que se mantienen en uso gracias a cuidadoso esmero y que los años han ido haciendo más estrechos; camisas anticuadas, de puños gastados y cuellos cortos y sin puntas, cuyos bordes sebosos acreditan varios días pegadas al cuerpo; corbatas de nudo muy apretado y, por lo mismo, pequeñísimos, de colores que la grasa ha puesto brillantes. Los rostros difieren, pero ninguno deja de tener esa típica figura de lo que nuestro pueblo llama “tira”, imposible de describir, inenarrable, pero real. Es evidente que están sometidos a permanente entrenamiento físico y se ven fuertes y ágiles.

Pido permiso para fumar y me lo dan. Busco mis cigarrillos y compruebo que sólo quedan algunos, quebrados y maltrechos. Los demás son sólo tabaco esparcido en el fondo del bolsillo. El envoltorio del paquete está también despedazado. Es el efecto de los golpes y forcejeos.

El jefe que mira esta operación, extrema su amabilidad, saca sus propios cigarrillos, me ofrece uno y me lo enciende.

Chupo ávidamente y mientras expiro el humo, les espeto:

—Ustedes saben que las armas que yo uso no pueden ser requisadas.



La reacción es curiosa. Me miran con claro signo de interrogación en el rostro. Tras una corta vacilación, el jefe me grita casi:

—¿ De qué diantres está hablando ? ¿ A qué armas se refiere ? No le entiendo.

—A mis alegatos ante los Tribunales, a los recursos de amparo, a las denuncias públicas por los crímenes cometidos, les contesto.

Sólo escucho un colectivo:

— ¡ ¡ Aaaaaahhhhhh ! !

Vamos ya en el camino a Valparaíso. Nos acercamos a Pudahuel. Repentinamente pienso que la tranquilidad que me invade debe ser semejante a la de tantos que han sido sometidos a la criminal tortura síquica del fusilamiento simulado. Hace unos minutos me sentía cadáver y ahora sé que no me matarán ni me torturarán.

Tal vez por eso me animo, sin medir ni pensar mis palabras ni menos sus consecuencias.

—¿ Puedo decirles algo en confianza, hacerles unas preguntas, darles algunos consejos ?

Me miran con extrañeza y nadie contesta. De nuevo el silencio; pero ahora mi ánimo es otro.

—Quién calla, otorga— digo con seguridad.

Continúa el silencio.

Prosigo:

—Supongo que todos o algunos de Uds. son casados, tienen mujer, seguramente hijos. Me interesaría saber qué sienten cada noche, al llegar a la casa, tras un día entero apresando chilenos que no son delincuentes, que no han cometido delito alguno, que sólo son perseguidos por sus ideas, para interrogarlos, para vejarnos, para torturarlos. . .

Me asusto al escucharme y me detengo. ¿ He ido muy lejos ?

Espero la reacción.

Silencio. Más silencio. Las cabezas gachas.

Nadie me mira.

Esta vez el silencio me envalentona:

—¿ No sienten vergüenza y horror ? ¿ Pueden olvidar que las víctimas de esa brutalidad son como sus mujeres, como sus niños, como Uds. ? ¿ No se asquean del trabajo que han elegido ? ¿ Son capaces de conciliar el sueño ? ¿ O están ya habituados a vivir así ? ¿ Y puede uno acostumbrarse a eso ?

Todos miran hacia el suelo. El silencio se ha espesado. Mis vecinos, imperceptiblemente, han liberado mis brazos y se frotan las manos. Ninguno me interrumpe. Me abismo de lo que he dicho y de lo que observo.

Hemos dejado atrás el camino al puerto y caminamos directo a Pudahuel.

—Ya vamos a llegar. Permítanme un consejo:

Nunca es tarde para arrepentirse. ¿ No se les ha ocurrido pensar que la tiranía no puede ser eterna ? ¿ Han imaginado qué suerte van a correr Uds. el día en que esta noche concluya y Chile vuelva a la decencia ? ¿ No les parece natural que los odios que la Junta y la DINA han despertado se liberen entonces en incontables reacciones colectivas en contra de todos Uds. ? ¿ Creen que Pinochet o algún otro va a sacar la cara por Uds. ? ¿ O van a estar siquiera en situación de defenderlos ? Mediten mis palabras. Ese día va a llegar — ¡ Ojalá lo más pronto posible ! — y entonces Uds. aprenderán cuánto han sufrido y sentido las víctimas; y lo sabrán en Uds. mismos y en sus familiares. Y en el mejor de los casos, si escapan de la revancha espontánea, tendrán que rendir cuentas a la Justicia, a la que antes fue orgullo de Chile y que hoy en vez de actuar, busca pretextos para justificar su miedo vergonzoso, pero que ese día volverá también a levantar la cabeza. Piensen en mis palabras. Seguramente nunca más volveremos a encontrarnos, pero estoy seguro de que las van a recordar. Traten de que no sea entonces demasiado tarde.

El auto rueda ya por el recinto de Pudahuel. Solamente el chofer mira hacia adelante. Los otros cuatro parecen mis prisioneros.

Varias cuadras antes de llegar al edificio del aeropuerto, doblamos a la derecha para enfrentar una barrera donde hay un carabinero. El auto debe serle familiar, o llevar algún distintivo que no he visto, porque en cuanto lo divisa levanta la barrera y pasamos sin detenernos. Estamos en una losa de concreto cerca de unos galpones. Debe ser la sección carga. Atrás se alcanza a ver la pista de aterrizaje.

Nos detenemos cerca de uno de esos galpones, en posición perpendicular a la vereda. El jefe desciende y se aleja a paso rápido, casi trotando y desaparece de mi vista. Miro la hora. Son las 6:15 de la tarde. Los otros cuatro permanecen conmigo en el interior del coche. Nadie dice nada.

Siento incontenibles deseos de orinar. Recuerdo que hace más de una hora atrás, cuando atravesé de la Corte hacia mi oficina, sentí los primeros apremios y pensé en pasar al baño antes de atender a los clientes. Consulto a mis vecinos si puedo bajarme un instante para satisfacer tal necesidad. Uno me contesta secamente que no puedo moverme del auto. Explico que es urgente.

—Ya me meo. Déjeme, por favor, bajarme un segundo. No temerá que me escape. Sería idiota. No tengo ningún deseo de que me acribillen a balazos.

—Espere un poco. Ya volverá el jefe y él decidirá. Creo que es mejor que aguante y haga en el avión.

Pasan unos minutos. El jefe no aparece.

Insisto, entonces, con verdadera ansiedad.

— ¡ No puedo más ! Si no me dejan bajar, tendré que mearles el auto. Ya reviento.

Se miran preocupados. Para alentarlos al sí, repito con vehemencia:

—Por muy poderosa que sea la DINA no podrá evitar que los chilenos sigan sintiendo ganas de mear. Para que se queden tranquilos y vean que no voy a arrancar — me dirijo, no sé por qué al que está a mi izquierda— déjeme pararme al lado de la rueda y sujéteme de un brazo, que con el otro me basta para abrirme el marrueco. En caso contrario, me voy a mear aquí mismo, sentado. ¡ No resisto un segundo más !

Parece que he sido convincente. El hombre abre la puerta del auto, saca su pierna izquierda y la afirma en el suelo como para descender, mientras mira hacia afuera. Con gran sorpresa mía, hace un movimiento brusco, recoge su pierna y cierra la puerta que acaba de abrir, mientras me dice nervioso:

—Lo siento, señor. Es imposible que orine. Allí cerca hay un carabnero mirando y Ud. bien sabe que está prohibido y es ilegal orinar en la vía pública.— Se queda muy serio. No ha hecho ningún chiste.

Lo miro a la cara y a pesar del momento que vivo, me río.

—Ustedes son los tipos más sensacionales del mundo. Me han secuestrado al entrar a mi oficina, me han detenido sin exhibirme un solo papel, me avisan que me van a echar de mi Patria en segundos más, apresan y torturan el día entero, están violando brutalmente mi derecho a vivir en Chile.

Y todo eso les parece normal. Pero que mee al lado del auto mientras me tienen encerrado por más de una hora, es ilegal y no puede hacerse. Realmente es un chiste cruel. Explíqueme al carabnero por qué me tienen aquí díganle claro que no he venido del centro por mi propia voluntad a Pudahuel ni menos a mear. Seguramente cuando sepa la verdad no le parecerá tan ilegal que mee aquí al lado. ¡Si no lo hace, palabra que meo en el auto!

Los individuos están corridos y no pueden ocultar lo grotesco del incidente. Por suerte, cuando voy a ejecutar mi amenaza, aparece providencialmente el jefe. Casi con alegría y en un tono que denota alivio por dar término sin mayores problemas a la tarea que le han encomendado, me dice junto con abrir la puerta del coche:

—Señor Velasco, lo llevaremos de inmediato al avión de LAN que sale a Buenos Aires y tendrá la suerte de viajar con su hermano.

—¿ Con mi hermano ? , pregunto intrigado. No le entiendo. Es absurdo que alguno de mis hermanos pueda ser expulsado conmigo o viajar hoy a Buenos Aires.

¿ Qué broma pretende hacer Ud. ?

—Perdón, señor. ¿ Pero don Jaime no es hermano suyo ?

Y sobre la marcha se corrige en voz alta:

— ¡ Ah ! Tiene razón. De veras que don Jaime es Castillo Velasco. Perdón. Se me armó una confusión. Como los dos son Velasco. . . . pero él es Castillo primero. . . .

Ya no atiendo a sus divagaciones en voz alta acerca de los apellidos. Sólo pienso en Jaime. De modo que ambos seremos expulsados conjuntamente. Es la venganza por la denuncia a la Asamblea General de la O. E. A. Somos las dos primeras firmas. ¿ Y qué será —me pregunto angustiado— de los otros tres, de Héctor Valenzuela, con quien he conversado hasta hace poco rato, de Andrés Aylwin, de Fernando Guzmán ?

Pero el movimiento del auto interrumpe mis pensamientos y me vuelve a la realidad. Observo que hemos retrocedido unos metros para doblar a la derecha y caminar hacia la pista. Casi al instante constato que otro Chevy exactamente igual, del mismo color, ha atravesado la barrera con guardia policial que nosotros pasamos al llegar, hace unos veinte minutos, y se acerca. Ambos vehículos se colocan paralelos, uno junto al otro y se detienen. El jefe se baja, abre la puerta trasera y ordena a mis vecinos que me saquen del coche y me trasladen al otro. La maniobra es breve. No opongo resistencia alguna. Simultáneamente alguien baja del segundo Chevy y deja un espacio en su asiento trasero. Allí me introducen y lo que veo me frena instintivamente: al centro está Jaime con sus ropas despedazadas. Una manga apenas se sujeta de algunas hebras que aún la atan al resto del vestón. No lleva anteojos, su rostro está amoratado, casi cianótico. Respira con gran dificultad y con los ojos cerrados. Emite un sordo quejido en cada aspiración. Sus manos llevan esposas y de las muñecas salen hilillos de sangre que manchan sus pantalones. No alcanzo a sentarme a su derecha cuando me empujan contra él. El jefe también sube y trata de hacerse hueco. Somos cuatro en la parte trasera y el agente prácticamente se sienta sobre mí, mientras me obliga a oprimir a Jaime, pese a mis esfuerzos en contrario. Pienso que está gravemente herido y próximo a la muerte.

Tal es su aspecto y actitud.

—Jaime, quédate tranquilo— Nos expulsan juntos, le digo en voz baja y casi quebrada por la emoción que su figura me inspira.

Entreabre los ojos y no me reconoce. Jaime es casi ciego sin los gruesos cristales. Le digo entonces quien soy y entre quejido y quejido se reanima:

—También te agarraron a ti. ¿ Y te patearon y te golpearon? pregunta con voz casi imperceptible.

—No. Yo tuve más suerte, me tomaron frente a los tribunales y la mayor preocupación de estos caballeros fue hacerlo calladamente. Y tú, ¿ dónde estabas ?

—En mi oficina de Los Conquistadores; y como no quisieron identificarse ni me mostraron orden alguna, me negué a seguirlos y entonces me golpearon, me patearon en el suelo, me esposaron y me bajaron arrastrándome por la escalera hasta el automóvil.

No insisto. Le cuesta mucho expresarse y sigue respirando con gran dificultad.

El vehículo se ha dirigido hacia la pista del aeropuerto y se detiene a corta distancia de un avión. El edificio se divisa a lo lejos. Antes de hacernos bajar, uno de los agentes DINA que ha traído a Jaime saca un par de anteojos del bolsillo. Son los suyos, sin duda alguna. No hay otros más gruesos. Se los entrega y en seguida con una llavecita abre las esposas y le libera las manos; con un pañuelo le limpia la sangre. Me indigno. Es evidente que sólo le interesa que ésas manchas no se vean cuando bajemos del auto.

Jaime descende dificultosamente. Apenas puede tenerse en pie. Me dice que le duele mucho una rodilla como consecuencia de que uno de los agentes le hizo un golpe de “karate”: le tomó un pie y se lo giró con la pierna estirada. Cree tener algo en los ligamentos.

Lo tomo de un brazo. Rodeados de agentes nos conducen hacia el avión. Por última vez insisto ante el jefe:

—¿ Qué necesidad tienen de hacer esta expulsión más cruel y brutal ? ¿ Por qué no nos permiten avisar por teléfono a nuestro hogares ? ¿ Qué significan cinco minutos más o menos para un destierro definitivo ?

— ¡ Imposible ! , contesta con dureza. No hay tiempo que perder. El avión los espera hace rato. Y en un tono que pretende ser tranquilizador, me lanza una frase que me deja helado:

—Por lo demás, no se preocupe. La casa y la oficina están bajo control, de modo que ya deben estar informados de todo. Pienso con horror que han allanado ambos lugares y que han detenido o, a lo menos, vejado a mi mujer, que es impulsiva y valiente, y seguramente, por su calidad de abogada, ha exigido que le exhiban alguna orden. Y Jaime, allí a mi lado, es elocuente testimonio de lo que esa petición significa hoy en Chile.

Con esta nueva preocupación apenas percibo que hemos llegado al costado del avión y nos hacen subir por la puerta delantera. Entramos. Las tres primeras filas están vacías y desde la cuarta, los pasajeros se apretujan hacia atrás. Nos hacen sentarnos en la primera, uno junto al otro. En la misma fila pero al otro lado del pasillo, se sienta un individuo que esperaba junto a la escalera. Los agentes bajan y de inmediato se cierran las puertas, sentimos que los motores rugen y el avión carrete y despega, sin que se haya dado por los parlantes ninguna de las explicaciones habituales. Miro la hora: son exactamente las 6:40 de la tarde y han transcurrido sólo 90 minutos desde que fui secuestrado al entrar en mi oficina, frente a los Tribunales de Justicia de Chile. ●

# EL DERRUMBE

● JOSE NARANJO TORO

Varias veces lo había mirado de reojo. No cabía dudas, estaba profundamente dormido ¡ el hijo de puta ! ¡ Y pensar que si uno se llega a dormir lo parten como ajo ! No lo pensé dos veces y grité la orden, con rabia. Pestañeé sorprendido, sacudí la cabeza tratando de despabilarse y luego hizo amago de hablarme. Si me preguntaba algo estaba todo perdido. . . . Pero nó, yo sabía que no podía preguntarme nada, hubiera sido reconocer que estaba durmiendo. Repitió la orden, medio dormido todavía. El Destructor comenzó a caer a 13 grados, estremeciéndose fuertemente. Entonces pareció que se detenía el tiempo y se detenía el buque, sin embargo yo sabía perfectamente que íbamos en dirección al Crucero a una velocidad de doce nudos y que la violencia de la colisión nos tiraría lejos. Pero el Crucero parecía alejarse de nosotros. Una tremenda ansiedad me aplastando hasta reducirme a nada, luego esa ansiedad me cosquilleó en la raíz de los testículos. Me fluyó la saliva abundantemente en una especie de espasmo que me obligó a juntar las piernas. Y ese espasmo fue un despertar de espanto, el terrible despertar de todos los que estaban en cubierta: el Crucero se abalanzaba de costado sobre nosotros, vertiginosamente. Sólo entonces hubo vida, una vida desesperada que huía de la muerte que se nos venía encima.

El radarista llegó corriendo al puente, acezando, y comenzó a remecer al Oficial, que contemplaba idiotizado el irremediable desastre que se avecinaba. Pero ya era demasiado tarde. Fue como el estallido de una bomba de estruendo horrible, casquetes de fierro enrojecidos volando en todas direcciones y una enorme llamarada azul coronada de chispas de colores. Una nube parda, rojiza, azulada, y mil cosas que caían de todos lados: bitácoras, compases, paralelas, lápices. Saltaron los cañones de cinco pulgadas y los de saludo; las ametralladoras de popa fueron arrancadas de cuajo, como viruta. Toda la proa del Destructor se incrustó en el costado del Crucero, abriendo un boquete que comenzó a tragar agua interminablemente.

— ¡ Nos llegó a las huevas, mi cabo ! — me dijo Gasken, un marinero que estaba cerca de mí, aferrándose a la barbata. El Destructor — que con la fuerza del impacto había quedado con la proa doblada, convertido en una grotesca J—, retrocedió un poco y siguió embistiendo al Crucero y arrancándole cuanto fierro le sobresalía del costado.

Entonces un hormiguero humano, despavorido y confuso, comenzó a brotar por las escotillas. Todos corrían de un lado a otro chocándose entre sí, sin atinar a nada.

En el Crucero el pánico era peor, porque se temía una explosión en las calderas. Tanta agua había entrado por el boquete que en poco rato el buque comenzó a escorarse peligrosamente. Sonó la campana de combate. La gente subió a cubierta casi desnuda o a medio vestir. Los oficiales corrían en idénticas condiciones, revueltos con la marinería, algunos aparentando una calma que estaban lejos de sentir. Divisé a Henriquéz, el maricón que me había amargado tantas navegaciones.

Corría despavorido. No pude evitar una carcajada. Miré a Gasken, estaba pálido, inmóvil. Volví a reirme, pero estoy seguro que no me escuchó, porque ya nadie escuchaba nada. Quince años había aguantado y, con todo lo que había visto nada me causaba extrañeza, sin embargo esa navegación al sur me había colmado.

Los argentinos, como todos los años, andaban arrastrando el poncho por los canales en cumplimiento de acciones de rutina y nosotros tuvimos que zarpar en pie de guerra de la noche a la mañana.

A los dos días de navegación se nos habían agotado los escasos víveres que llevábamos. Sólo nos quedaban unos cuantos sacos de lentejas azumagadas que abarrotaban una pequeña bodega. Pero, el sólo pensar que nuevamente se nos estaba presentando la oportunidad de agarrarnos con los argentinos (No hay chileno que no haya deseado, alguna vez, sacarle la cresta a un par de argentinos por lo menos) evitaba que cundiera el desánimo.

Fondeamos en Puerto Chacabuco en espera de alimentos y el Comandante nos habló una mañana, en toldilla, tocándonos las fibras más escondidas y sensibles con sus palabras.

Nos dijo —entre otras cosas— que nuestro espíritu de cuerpo. . . . (aquí se refirió a las lentejas). No oí en realidad gran parte del discurso, por el rumor de las olas, pero pude darme cuenta que abundaban las frases como “acendrado patriotismo”, “férrea disciplina” y “probada rectitud”. Nos aseguró el Comandante que la patria estaba orgullosa de tenernos por hijos. A nosotros nos corrían las lágrimas, a causa del viento helado que soplaba desde tierra.

Terminada la arenga, los oficiales de División nos retiraron. Era pasado el medio día y partimos corriendo a comer la ración de lentejas, alegres, seguros de que estábamos escribiendo una página de historia.

No supe si fue por lo convencido que quedamos de la estrecha relación existente entre las lentejas y el patriotismo, o a causa del hambre que nos hacía torniquetes en las tripas, que muchos pedimos repetición.

Se acabaron las caras largas, al menos de día. De noche era distinto. Hasta altas horas de la madrugada nos revolvíamos en nuestras literas sin poder conciliar el sueño. Un endemoniado chivateo proveniente de la Cámara de Oficiales nos quitaba todas las ganas de ser héroes. A mí al menos, a esa hora me importaba un rábano el patriotismo y sólo deseaba que me dejaran dormir.

Una noche, cuando iba al Gabinete de radio a recibirme de guardia, pasé a la Cámara de Oficiales por un pedazo de pan. Por fortuna encontré al Mayordomo Fernández. Partió una tremenda marraqueta y le puso una lonja de carne adentro; además me sirvió una taza de café con coñac.

Mientras Fernández me preparaba esa magnífica colación, eché una mirada hacia la Cámara.

Tras una espesa cortina de humo se veía varias docenas de botellas —de coñac, de vino y de cerveza—, llenas, vacías y a medio consumir; y bandejas repletas de esos mismos sandwiches que Fernández me estaba preparando. No se veía ningún oficial, pero se escuchaban sus voces y sus risas en la Sala de Fumar.

Mientras me tomaba el café pensaba en la arenga del Comandante. Nos había dicho que la oficialidad estaba sufriendo las mismas privaciones que nosotros. ¿Tendría la oficialidad otro concepto del término “privaciones”? ¡Porque lo que yo estaba viendo, de ninguna manera era una privación! En todo caso, me dió la impresión que el “patriotismo” de lo señores oficiales no guardaba relación con las lentejas, como el de nosotros. . . .

De pronto, a las estridencias de un tema jazzístico, brotaron varias parejas bailando y coreando: ¡“Chicago, Chicago, ciudad del amor!” . A través del humo pude distinguir al Capitán Infante, al Teniente Tapia, al Subteniente Arancibia y al Teniente del Campo, desfigurados por la borrachera.

La vista del espectáculo volvió a sumirme en cavilaciones. ¿Qué nombre tendría éso para la oficialidad? ¡Para mí era una bacanal y tampoco tenía nada que ver con el patriotismo!

No alcancé a percatarme de nada más, sólo ví volar algunas botellas y a ellos los ví rodar por el piso y después salir, echándose garabatos. Fernández me contó después como había sido:

—Les dió la calentura —me dijo—. El Capitán Infante le agarró el poto a Arancibia y Arancibia le aforró un puñete. Entonces se armó la casa de putas. . . .

Por mi parte, los seguí de cerca, parapetándome en los mamparos menos iluminados. Llegaron lanzándose toda clase de dicterios donde el Oficial de Guardia, que en vano trató de apaciguarlos. Le pidieron una embarcación para ir a pelear a los islotes cercanos. Como se las negara, se arrojaron al agua con la intención de alcanzar tierra a nado pero —borrachos como estaban— al poco rato los sacaron semi-ahogados.

¡Qué bonito ejemplo me estaban dando mis oficiales! ¡Y después tenían cara de hablarnos de moral, de espíritu de cuerpo y de cuánta divina huevada se les ocurría. . . .!

Sentí la boca llena de un sabor bilioso y ya no fui yo. Se acabó el ente pasivo que había en mí y la rebeldía se hizo borbobtones en la sangre, despertando un odio que jamás había conocido. Comencé a odiar a los oficiales con un odio intenso, casi tangible. (El sólo verlos me producía asco y enervamiento). Y ese odio fue como un cáncer que se propagó lenta pero inexorablemente. Llegué a sentir pena de mí mismo, porque nunca antes había sido capaz de aborrecer a nadie.

Pasaron varios años. Probablemente ni los mismos protagonistas recordarán el episodio del sur, pero yo no lo olvidé jamás porque la llamarada de odio que prendió esa madrugada en mí fue transformándose en hoguera y creciendo con el paso del tiempo.

Muchas veces me desvelé pensando en la posibilidad de hacer algo que les doliera, algo grande, escandaloso, lo que fuera. . . . ¿Qué importaba que no les tocara a los mismos oficiales de aquella noche, cuando todos eran iguales, seres clasistas, caterva de cínicos cortados por una misma tijera? Siete años había esperado en vano después de esa navegación al sur. Había estado en diferentes reparticiones y nunca se me había presentado la oportunidad de hacer nada, hasta ahora que íbamos saliendo del puerto —proa al cero los dos buques y a escasa distancia uno del otro—, listos para iniciar una maniobra de logos.

Cuando ví al oficial dormido no lo pensé dos veces. La orden del Buque Jefe había sido clara: “Velocidad 13 nudos”. ¡Caer a 13 grados! —grité yo—. No me preguntó nada, hubiera sido reconocer que estaba durmiendo y su orgullo de oficial no se lo permitía. . . . Siete años había esperado, pero valía la pena haber esperado tanto. Seguí riéndome a carcajadas, totalmente satisfecho, mientras las cosas continuaban cayendo a mi alrededor. Así comenzarían a caer ellos dentro de poco. Había comenzado el derrumbe. ●

*Nota del Editor: Esta narración fué incluida en el volumen “Cuentos de Mar y Tierra”. Su autor fué sometido a consejo de guerra y acusado de “intento de sedición frustrado”. El consejo estimó que este cuento era un abierto llamado a la subversión.*

*Cuento basado en el choque del crucero Prat con el destructor Cochrane en el puerto de Los Vilos. El diario “El Clarín”, se refirió a este hecho en la siguiente forma: “los oficiales de nuestra marina, teniendo más de cinco mil millas de costa, chocan sus buques como dos vulgares micros en la Alameda. . . .”*

*La trifulca relatada por Naranjo también es real. Tuvo lugar en 1966 a bordo del crucero O’Higgins. El oficial de guardia en esos momentos, es ahora almirante de la armada. ●*

# MATILDE

● RODRIGO QUIJADA

Me gustaba Matilde. Desde que yo era niño, me gustaba. Tenía ese algo que hace que la gente, aunque desconocida para uno, interese, llame la atención, despierte eso que Coriñ Tellado menciona como la ternura-tierna. Pero, de verdad, nada tiene que ver Coriñ Tellado aquí. Matilde era distinta a las otras mujeres, aún a las de Coriñ Tellado, tan remilgosas, tan cursis, tan desapartadas de la tierra.

No, Matilde era una mujer de carne y hueso.

Entonces, yo vivía con mi familia en los altos de un negocio de semillas. Según mejoraron las cosas, nos mudamos a la Gran Avenida, al Barrio Alto y al Arrayán. Pero en aquellos años, los altos del negocio eran nuestra casa: con baño, dormitorios, tabiques débiles y algunos sacos de semillas que no cabían en la bodega (muchas ratas talvez).

Todas las noches yo miraba a Matilde desde mi ventana. Ella solía instalarse en la esquina de San Diego con Franklin, en el mismo sitio donde Basoa, el refugiado español, había puesto un letrero que decía: "Huevos por ciento". Ahí, Matilde doblaba su pierna buena y se recostaba firmemente contra la persiana metálica.

Dicen que a Basoa eso no le gustaba. Mi padre contó una vez que Basoa llegó a reclamar a la Municipalidad y a la sección de moral cristiana de una revista. Pero nadie le hizo caso. ¿Quién le iba a hacer caso tratándose de Matilde?

Apoyada de ese modo, Matilde fumaba sin cesar unos larguísimos cigarrillos, solos. Los fumaba inmóvil, con indiferencia. Nunca la ví llamar a nadie ni hacer los aspavientos que las putas hacen. Quizás por eso, a las gentes que transitaban en esas calles, Matilde no les preocupaba. Acaso les inspirara un poco de lástima, de risa, no sé. . ., acaso solamente indiferencia.

Por sobre todo, Matilde tenía dignidad. Lucía bien en esa su posición de acecho, con el vestido morado y una tira de piel que enrollaba a su cuello —como un lujo—, y uno de cuyos extremos apuntaba violento al letrero de Basoa, su presunto enemigo. Es decir, que ella terminaba pareciendo una porción indispensable del paisaje, al igual que en las postales antiguas o los calendarios de otros tiempos.

Como yo la miraba desde arriba, casi siempre la veía de perfil, en ese ángulo extraño que ella hacía con la esquina, el negocio de Basoa y el reflejo luminoso de neón de "Las Cachás Grandes". Incluso así, me daba la impresión de percibirla mejor que ninguno de los que se le aproximaban, y hasta podría decir que notaba el hundimiento de sus mejillas ante cada aspirada de cigarrillo. Claro que es posible que eso sea pura imaginación.

De lo que estoy seguro es de cómo salía de esa posición. Siempre era igual en realidad, y no sería raro que a la misma hora. Lo curioso es que esos movimientos de Matilde se me quedaron grabados en el cerebro y, en cierta medida, he terminado relacionándolos con el amor. Cuando pienso en el amor o cuando quiero definirlo, veo primero a Matilde y en seguida a un hombre con sombrero. Es cómico. Pero es así.

Ello, porque en toda época, verano o primavera, otoño o invierno, el primero que se acercaba a Matilde era un hombre con sombrero que se paraba de una manera que me la ocultaba. Yo, entonces, dejaba de verla por un rato. Después, el hombre daba un paso hacia el lado y ella comenzaba como a desperezarse desde la muralla. Era igual a uno de esos mascarones de proa de los barcos que, por magias o hechizos, hubiera decidido a abandonar su sitio.

Inicialmente, bajaba la pierna buena, bamboleándose inestable; luego botaba el cigarrillo y lo pisaba; después movía la cabeza, mientras el hombre acercaba su cara a la de ella, y creo que miraba hacia la otra pierna. Casi sin interrupción, ambos comenzaban a avanzar por la acera, despacio, como si llevaran uno de esos paquetes con la etiqueta de "Fragil".

Venían hacia mí, conversando animadamente, y ella se reía entonces y, como de milagro, con otro cigarrillo entre los labios.

A mi izquierda, rumbo al centro dijérase, estaba el puesto de verduras. En ese punto, la calle hacía un recodo, seguía una vecindad, una casa abandonada, otro recodo y la gran casona del hotel, el hotel El Trece. Allá se dirigían Matilde y su acompañante. Por lo general, cruzaban a unos cinco metros de mi observatorio y desaparecían con lentitud por el puesto de verduras.

Es decir que, por primera vez, yo veía a Matilde de otro modo que de perfil. La veía de espaldas, avanzando así como digo, del brazo del hombre con sombrero.

Y ambos hacían una pareja divertida y asombrosa. Porque el hombre, aunque la llevara del brazo, la tocaba apenas y, normalmente, ahí la pierna mala de Matilde se volvía díscola. Como era una pierna larga esa pierna mala, estaba demasiado completa. Y, mientras la pierna buena iba en una sola línea, la otra se desviaba, torcida que era, a saltos, sin control, por la calle.

Por eso, la mano del hombre en el codo de Matilde no lograba afirmarla; la rozaba tan sólo, soltándose a veces y agitándose en el vacío en una desesperada necesidad de retornar al codo.

Era así como se perdían esos dos, a saltos en aquellas noches.

Yo permanecía en la ventana. Contaba las semillas, jugaba conmigo y pensaba mucho en lo que ellos harían en el hotel El Trece. Hasta que, después de un tiempo corto, ella emergía de nuevo por el puesto de verduras, sola, fumando el eterno cigarrillo. Pero no sé. Salía de lado. De modo que yo veía solamente su perfil y la acompañaba con mis ojos en su viaje a la esquina.

Después, me dormía.

Cuando cumplí trece años, Luis, el mozo del negocio, me dijo que había ido con Matilde y que era lindo todo lo que habían hecho.

Recuerdo que quedé pensativo y que me dieron ganas de preguntarle acerca de lo que habían hecho y de cada detalle de esa zona que yo nunca veía: la vecindad, la casa abandonada, el recodo, las escaleras del hotel El Trece.

Pero me dió vergüenza. Así que me ruboricé y le hablé del fútbol, del colegio, de todas esas cosas. Por un tiempo, Luis dejó de hablarme de Matilde. Pero muchas veces lo ví, de sombrero, hablándole a ella y llevándosela, igual que un barco, por esa calle de San Diego. Y un día me dijo que estaba enamorado de Matilde y se puso a llorar. "De una coja, de una coja", repetía.

A mí me dió lástima por él.

De repente, dejó de llorar y me dijo que en el fútbol del domingo ganaría su equipo, se rió y, en seguida, comenzó a barrer con grandes bríos, se burló de mí y de una señora que compró gladiolos.

Esa noche lo vi acercarse con su sombrero en la mano. Matilde tenía el cigarrillo caído a un costado. Caminaron muy rápido esta vez. Matilde no reía ahora. Cuando se perdieron, yo me quedé ahí, inmóvil, sin hacer nada.

Ya no los volví a ver.

Mejor dicho, los ví. En el diario. Estaba Luis bajo unas letras rojas, con una cara rara, lejana. Y, al lado, el cuerpo de Matilde, muerta. En la foto se veía muy poco de Matilde. No se veía ni su cara ni sus dientes. Sólo la piel estaba en la foto, en primer plano; el extremo de esa piel que llevaba en el cuello.

Me acordé de Matilde porque hoy vino Basoa a cenar. Con los años se ha puesto gordo y millonario.

"Hola, muchacho", saludó

Entonces me acordé de todo. ●

# EL ENTIERRO DE NERUDA

• JUAN GONZALEZ

*Su autor al asistir al entierro de Neruda y escribir la presente narración, era un estudiante de 16 años de edad.*

Viajé a Santiago unos días después del golpe de estado. Regresé antes de terminar la semana, urgido por retomar las tareas en mi frente y despidiéndome de mis padres que abandonaban el país.

De mi estadiá en dicha ciudad, en la que aún resistían algunos focos aislados de combatientes mal equipados, sólo recuerdo la casa en que permanecí días enteros encerrado y el funeral de Neruda, al que pude asistir gracias a mi irresponsabilidad.

Al igual que todos los concurrentes y los que se perdieron, sólo tenía una vaga idea del lugar y la hora por donde pasaría el cortejo. El dato lo había conseguido a través de una amiga que trabajaba en el Conservatorio Nacional. Todo era clandestino, pues habían prohibido la asistencia de extraños, al funeral. Recorrí las calles adyacentes a Recoleta, avenida frecuentemente empleada para dirigirse al cementerio, esperanzado en que no los desviarían por una calle más angosta. En torno mío, por toda esa zona de callejuelas y callejones, transitaba la gente de manera sospechosa. Noté que muchos, tanto jóvenes como adultos, circulaban dudosos, a la expectativa, nerviosos. A veces, en una esquina, se formaba un pequeño grupo que se disolvía de inmediato. Demasiados transeúntes leían el diario y las paradas de autobuses tenían hileras interminables de supuestos pasajeros.

Además de nosotros, varios carros con militares y vehículos de la policía, inspeccionaban los alrededores. Cada cierto tiempo detenían a alguien para pedirle la documentación. En principio, el séquito solo podía estar compuesto por familiares y gente muy allegada. Esto fué lo que me informó mi amiga, y me explicó además que la Junta había impartido esa orden, luego de enterarse de lo que había ocurrido en el velorio.

Varios minutos rondamos por las calles. Nos mirábamos. A veces algunos se saludaban, uno entraba a un bar, muchos fumaban. Las parejas andaban abrazadas. La mayoría vestíamos un poco elegantes para disimular, tal como si hubiésemos acordado disfrazarnos con un uniforme especial. A menudo cruzábamos la Avenida Recoleta mirando hacia ambos lados, pero nada llamaba nuestra atención. Empezamos a perder las esperanzas y a intranquilizarnos cada vez más. Esa situación no podía prolongarse por mucho tiempo. Eran las mismas caras las que cruzábamos y los mismos militares que vigilaban. De pronto apareció. Era una mancha negra al fondo de la calle, una mancha silenciosa que avanzaba lentamente, dejando atrás sí una estela de conciencia, inolvidable para aquel que los vió pasar.

Era una columna escuálida pero muy compacta. Las personas que la constituían se amontonaban, se apretujaban para protegerse mutuamente. Como si así sería más difícil que los arrancaran de ese cuerpo macizo y los metieran en los autos, como si así sería más difícil que ametrallaran. Era un grupo de compañeros que caminaba entre los soldados, entre los treinta mil muertos, entre los miles y miles de torturados, entre los estadios transformados en campos de concentración, entre las detenciones masivas y los sumarios de unas horas.

La precedía el coche negro con el ataúd y algunas coronas. Detrás, a pocos metros, caminando, lo seguía Matilde Urrutia, su esposa, su compañera. Más atrás avanzaba el pueblo.

Y era realmente el pueblo quien marchaba tras el féretro de un poeta. Era el pueblo que honraba con su presencia a Pablo Neruda. Qué orgullo para él si se hubiese erguido a mirar. Qué alegría para él ver a los pobres, los parias, los desposeídos, vestidos de negro y llorando. Sí lloraban. Lloraban al poeta, y con él a sus hijos, maridos o hermanos asesinados. Esa caja mortuoria encerraba miles de hombres y mujeres, miles de mártires, miles de héroes.

Muchas mujeres y muchos hombres estaban de luto. Había muerto un gran compañero. ¡Cómo lo querían al poeta militante! Marchaban los presentes con un clavel rojo prendido en la solapa, los pañuelos en la mano. En silencio.

Los más audaces entre la multitud vacilante, entre la masa que envolvía aquella imponente vanguardia, empezaron poco a poco a plegarse a la columna embrión. De esa manera, el cortejo fué cambiando su fisonomía e incluso su carácter. Entre ellos fui yo. Me colé entre dos señoras y una me tendió un clavel rojo con una mirada de saludo a mi juventud. Caminé en silencio con mi clavel. Sentía el mismo temor que la gente que me rodeaba. Repentinamente, derramé una lágrima. Me contagió el dolor del pueblo. Y sentí la fuerza del pueblo, el coraje del pueblo, dentro de mí. No quise sacar pañuelo, preferí dejar la lágrima correr por la mejilla hasta los labios, para desahogarme.

Así, la pequeña mácula negra que fué en un comienzo, se convirtió en una multitud que marchaba con firmeza por la Avenida Recoleta camino del cementerio. Adelante, en silencio, los más allegados, los de luto, lo que tenían el corazón desgarrado. Detrás iba la muchedumbre siempre creciente. Algunas mujeres repartían claveles y los jóvenes que los recibían, los prendían de inmediato con orgullo y decisión. El silencio era absoluto, total, y parecía inquebrantable.

Ni los soldados osaban romperlo. Miraban y vigilaban sin hablar. Vi un oficial escupir. De pronto un grito quebró el silencio. Sí, lo quebró. Pero enseguida se perdió calle abajo. Fué una erupción volcánica. Fué una voz de hombre. Fué alguien que gritó muy fuerte: "¡Compañero Pablo

Neruda! ” Sólo un grupo muy reducido respondió al llamado, despacio y cubriéndose la boca: “¡Presente! ” Luego, volvió el silencio. Sólo se oían los pasos desordenados. Sin embargo el grito quedó flotando entre nosotros. Fué como para tantee el terreno, y nos dió mucho miedo, pero también algo de poder. De las caras mustias brotaron miradas de preocupación. Cada uno miró al compañero del lado. Sólo nos miramos, sin palabras. Los militares se movieron un poco, algunos apuntaron. La gente temblaba. Súbitamente, habiendo dejado transcurrir algunos minutos, otro grito. Este provenía de adelante y la voz era de una mujer vieja. Gritó con sus últimas energías: “¡Compañero Pablo Neruda! ” y esta vez mucha gente respondió: “¡Presente! ” El ambiente estaba tenso, los militares corrían de lado a lado. Creíamos que nos ametrallaban o por lo menos que arrestarían compañeros, que empezarían a repartir culatazos y a disolver el cortejo fúnebre con bombas lacrimógenas. Sólo nos protegían los fotógrafos y los corresponsales extranjeros. Pero éso no sería motivo suficiente para no disolvernos. Ni siquiera lo sería para no disparar: primero al aire, luego a la gente que empezaría a caer de a uno, como muñecos de trapo. No obstante, el pueblo seguiría. Nada los detendría, ya no tenían nada que perder. Ahora eran pocos los que seguían llorando. Nuestras miradas eran de ofensiva y odio, ya no tanto de miedo, a la defensiva. Pero teníamos miedo. Estábamos aterrados. Queríamos apurar el paso, pero el coche negro que transportaba el ataúd y las coronas, lo impedía. A todo esto pensé que muchos huirían, que muchos se alejarían por las calles transversales y se desentenderían del acto que se estaba gestando. Al contrario, pocos siguieron merodeando, y la mayoría se plegó, con el clavel rojo y el corazón ardiente. Una nueva voz nos estremeció: “¡Compañero Victor Jara! ” “¡Presente! ” contestamos gritando. “¡Ahora! ” completó la voz. “¡Y siempre! ” repitió el coro.

La masa avanzaba con la cabeza gacha y un permanente reemplazo de los bordes por el centro. Se notaba el furor en los soldados y la mirada de dolor y odio en los manifestantes. Los primeros apuntaban impacientes. Ya nadie lloraba. Matilde Urrutia iba tranquila, con paso seguro. Los gritos reventaban inesperadamente, y todos, sin excepción, respondían mirando al frente. “¡Compañero Salvador Allende! ” “¡Presente! ” “¡Ahora! ” “¡Y siempre! ” Y una voz distinta se sumó: “¿Quién lo mató? ” Miles de voces respondieron: “¡El fascismo! ” “¿Quién lo vengará? ” “¡El pueblo! ” A esas alturas, la manifestación cubría la avenida de acera a acera y de esquina a esquina. Se avanzaba lentamente y los gritos se repetían, cada vez más seguido. Ya ni siquiera mirábamos al compañero del lado. Había tensión, mucho nerviosismo. Pero todos, desde los más viejos hasta los más jóvenes, gritaban. Todos con su clavel rojo.

Eramos un cartucho de dinamita con la mecha a dos centímetros. Ya no aguantábamos. El silencio permitía escuchar los miles de pasos desordenados, los cargadores de los fusiles, los autobuses de la policía que llegaban a Recoleta. Estábamos cerca del cementerio, a dos o tres calles. ¿Qué pasaría allí? De pronto, algo inesperado, algo insólito, algo aterrador. Un murmullo. Un murmullo empezó a escucharse, primero muy despacio. Lo producían algunos con la boca cerrada y la cabeza gacha. Los militares se inquietaron, se asustaron. Nosotros también, pero de todos modos aumentamos el volumen. Nos jugábamos el todo por el todo. Una mancha más de sangre ensuciaría otra página de los libros de historia. El murmullo era cada vez más enérgico. Y los más osados, los mismos que se habían arrimado, los primeros, emprendieron el tarareo. Era una canción conocida. Una melodía familiar. Los soldados estaban a punto de disparar. El canturreo se difundió rápidamente. Ahora todos lo provocaban. Luego pasamos a las palabras. Se empezaron a distinguir las primeras entre el tarareo: “Mundo, esclavos, unidos.” Luego versos íntegros, estrofas completas, entonando la música, marcando el paso. Con fuerza. Con la frente alta. Que fortaleza, compañero. Que inquebrantable conciencia. Que maestría en el arte del coraje. Todos, los viejos, las mujeres, los jóvenes, los hombres, todos cantaban. Todos entonando con el mayor de los vigores esa canción. Si. Era el himno de los trabajadores del mundo.

Y con ella se alzaron timidamente los primeros puños. Se alzaron con terror que los militares los vieran, pero con ganas de que cada manifestante, cada habitante de la tierra, los sintiese. Fueron las mujeres las que lo levantaron antes que nadie. Sus puños apretados, duros, que ningún hijo de puta podría bajar. Y fueron los de la primera fila los que tuvieron el valor de seguirlos. Ahora nuevamente lloraban, pero de emoción. Finalmente nosotros también levantamos, con miedo, nuestros puños. Primero rascándonos la cabeza, y después con el brazo estirado, lo más alto posible. Hasta que todo el mundo marchó con el puño en alto, desafiante, y cantando. Gritando La Internacional. Los soldados seguían aterrados, cundía el pánico en sus filas. Estábamos a la ofensiva. La calle era nuestra. Y el futuro lo sería también.

Pero nos aproximábamos al cementerio. Tres autobuses repletos de militares, ahí nos esperaban. Poco a poco bajamos los puños, disminuimos el volumen y comenzamos a dispersarnos.

Al cementerio sólo pudieron entrar Matilde Urrutia y algunos amigos. Entraron en silencio, igual como desaparecimos nosotros. Arrojamus el clavel que no podíamos conservar. De esa forma, la entrada al cementerio quedó vacía y con muchos claveles rojos, muertos, pisoteados en el suelo. ●

**SERGIO MACIAS Y JULIO RODRIGO**  
**ALEGRIA, WAHREND ALL DAS GESCHIEFT**  
**( EN EL TIEMPO DE LAS COSAS )** Ediciones  
 Rostock, Alemania, 1977.

Con una introducción en alemán, francés y castellano, se publica esta carpeta de 10 ilustraciones a todo color de Julio Rodrigo Alegría ( 13½ x 16½ ) y poemas manuscritos de Sergio Macías, ambos chilenos.

En la introducción se dice: "Esta publicación de la Resistencia Chilena Antifascista corresponde a la creación de artistas e intelectuales que viven en el exilio y que contribuyen con su arte a agudizar la intención histórica del proletariado en sus anhelos por la paz y la justicia".

En el poema ilustrado que corresponde al número 4, titulado "La sombra del exilio", leemos:

Es día de nieve.  
 En Warnemunde los pájaros abren sus heridas.  
 Se mecen los barcos,  
 los árboles.  
 Te amo bajo una nube de recuerdos y gaviotas.  
 La blancura que cae  
 se ennegrece bajo la sombra del exilio.

**JAIME QUEZADA, ASTROLABIO ( Santiago: Editorial Nascimento, 1976 ).**

Poesía de esencias en lenguaje duro como las faenas diarias de la familia campesina, o como los pensamientos desnudos del ermitaño, o del hombre libre que va siendo acosado por enemigos implacables, es la de Jaime Quezada. Comenzó escribiendo *Poemas de las cosas olvidadas*: detalles ínfimos de una realidad familiar en que la luz, el sonido, las marcas del tiempo que pasa dejando su carga de polen, por estar donde están, salen de la palabra encendidos mágicamente. A la *pata coja* recogió, acaso con más cruda desnudez, este mismo conocimiento directo de cosas y personas, violencia apagada, reflejos sin miramientos de los accidentes anónimos en la rutina que se pierde sin remedio.

Quezada compartió Solentiname —soledad iluminada—, con el cura revolucionario Ernesto Cardenal: entró con él a los fundamentos de la contemplación y al desvelo puro en la conflagración de lagos, pájaros y frutos. Cardenal ha convertido la palabra en acción. Quezada parece esperar una ruptura, algo que acaecerá en su mundo poético de repente y de frente, una llamarada, un fulgor abierto, donde pondrá sus armas y sus hábitos, su conciencia a perdurar, quemándose en la confrontación de verdades últimas y sacrificios primeros.

Sobre la antipoesía, descascarándose hoy como vieja cal encima de más viejo adobe, la auténtica poesía de Quezada se afirma con vigor, pureza, alta visión. *Astrolabio* lo prestigia y lo defiende como un escudo. Voz clara, con acentos del mejor lirismo chileno, deja sus verdades vibrando noblemente:

" El ganso "

He visto un ganso bañarse en un charco  
 Sumergirse tres o cuatro veces en el agua  
 Abrir luego sus alas y graznar como si cantara  
 lo que yo por ahora no puedo cantar:  
 Era un gansohermoso y libre.

**YVETTE E. MILLER, LA NOVELISTICA DE GABRIEL MIRO, Madrid: Ediciones Códice, 1975.**

¿ Cuántos saben que la autora de esta valiosísima obra sobre uno de los escritores más difíciles de la literatura española contemporánea es chilena, chilena de las mejores, gran ejemplo de solidez intelectual e integridad ideológica? Hasta ahora el prestigio internacional de Yvette E. Miller se ha basado en su admirable labor como Directora de la *Latin American Literary Review*, revista dedicada a la publicación de textos famosos de la literatura latinoamericana en cuidadosas traducciones al inglés, y como profesora de la Carnegie-Mellon University de Pittsburgh. Este libro sobre el autor de *El obispo leproso* la consagra en el campo de la crítica especializada.

Básicamente, Yvette Miller analiza en su obra dos novelas de Miró: *Nuestro padre San Daniel* y *El obispo leproso*, y, partiendo de ellas, abarca problemas de estructura, técnica narrativa, caracterización, ironía y humor. La bibliografía es fundamental. En una serie de apéndices cuidadosamente ordenados completa la discusión de temas pormenorizados y define importantes cronologías.

En nota preliminar Jorge Campos dice:

" En un artículo allá por 1930 se preguntaba Azorín:

¿ No le parece al lector que podemos acercar a Miró un poco más a nosotros ? Yvette E. Miller al llevar a cabo este riguroso análisis de la técnica narrativa del gran prosista ha contribuido a que se realice este deseo."

**RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT, HORAS DE ESTUDIO, Bogotá: Editorial Andes, 1976.**

A su cuantiosa obra de ensayista e investigador Gutierrez Girardot agrega este volumen antológico bellamente editado por el Instituto Colombiano de Cultura. El eminente catedrático de la Universidad de Bonn recoge estudios claves sobre figuras y aspectos esenciales de la literatura latinoamericana, española y alemana. Sus interpretaciones de Borges y Vallejo, así como la iluminadora apreciación estética de Valle Inclán y Machado, son buen ejemplo de su acuciosidad crítica y vasta erudición. En el plano de la teoría literaria el profesor Gutierrez Girardot perfila con precisión y profundidad los términos en que se tocan arte y sociedad, no sólo en el campo de la narrativa, sino también en los ámbitos de la creación dramática y de la literatura testimonial.

Además de sus ensayos sobre Schiller, Kleist ( el origen lúdico de la tragedia ), Holderlin, Büchner, Schlegel, (fundamentación de la hermenéutica), Hegel y Foucault (estructuralismo), se incluye aquí una valoración fundamental de la obra del maestro Pedro Henríquez Ureña.

Gutierrez Girardot no es sólo un académico ilustre: es mucho más que eso, porque en su obra de firme base erudita se impone una posición humanista que proyecta sus ideas y observaciones estéticas sobre el vasto y difícil plano de la realidad de la sociedad contemporánea.

**ALEJANDRO WITKER, EL COMPAÑERO TOHA**  
(México: Casa de Chile, 1977.)

Sigue adelante la labor enérgica y constructiva de la Casa de Chile en México: ahora nos entrega este bien documentado volumen sobre la vida y la acción política de uno de los dirigentes más admirados de la izquierda chilena, quien, como Allende, Letelier, los generales Prats y Bachelet, y tantos otros, escribió con su sangre una página inolvidable en la historia de las luchas por la libertad del pueblo chileno.

El volumen contiene una rigurosa semblanza biográfica y cronología de José Toha por el profesor Alejandro Witker, reciente ganador del Premio Casa de las Américas con su obra *Los trabajos y los días de Recabarren*. Sigue una recopilación de textos sobre Toha escritos por sus compañeros, colaboradores y amigos, quienes, en conjunto, reconstruyen una personalidad rica en matices psicológicos, vibrante en su devoción partidaria, aleccionadora en su sacrificio a la causa socialista. Impresiona particularmente el testimonio de Moy Toha escrito con ecuanimidad, valentía, y ternura por su compañero.

En la Sección Documentos se incluye una reveladora carta del General Pinochet a José Toha, otra del general Prats a Moy, y declaraciones de los Partidos Socialista y Comunista de Chile.

**FRANCISCO VIÑUELA, EXILIO TRANSITORIO**  
(Montreal: Editions Nouvelles Frontières, 1977)

Editado primorosamente en el Canadá, en edición bilingüe, acaba de aparecer este poemario de Francisco Viñuela, incorporándose con legítimo derecho al renacimiento poético que marca en estos momentos a la poesía chilena en el exilio. La poesía de Viñuela posee un acento de mesura en el fondo mismo de su intensidad revolucionaria; es un discurso sereno, directo, en que se enfrenta a la desgracia y al exilio con visión clara de lo que se ha perdido y lo que se ha ganado. Le quita las máscaras al fascismo, apunta a la lucha de la resistencia, le rinde homenaje a su Partido, saca la cara para mirar con tranquila confianza el futuro regreso, la victoria necesaria.

Estos poemas de pureza clásica, de viril prestancia, vienen acompañados por magníficas reproducciones de los murales realizados por la Brigada Pablo Neruda y adaptados aquí por el artista chileno Zurco.

Viñuela llena el exilio de esperanza y voluntad de lucha cuando dice:

Así es el inicio de esta  
solitaria vida que asombra  
nuestras ventanas cuando  
una nueva primavera comienza  
ya a encender mi propio sol  
Y sobre las ideas y los deseos  
saltan los tulipanes  
rojos sobre la nieve  
los trigales perfumados en el  
viento de este norte  
Así hago yo mi exilio  
descansando en la memoria  
Para no olvidar . . .”

**PATRICIO MANNS, VIOLETA PARRA LA**  
**GUITARE INDOCILE (Paris: CERF, 1977)**

Pasan los años y la contribución de Violeta Parra a la creación y orientación del movimiento de la nueva canción latinoamericana crece en la estimación de críticos, historiadores y aficionados. Al libro-testimonio de Subercaseaux y Londoño ( véase LICHE No. 1) se agrega éste de Patricio Manns que es, incuestionablemente, un aporte completísimo hondo en su análisis y amplio en sus proyecciones.

Patricio Manns tiene a su favor varios factores: cantante y compositor de primera línea, acompañó a Violeta en los años decisivos del desarrollo de la canción revolucionaria chilena; la conoció íntimamente, trabajó con ella en los venturosos, aunque difíciles, días de los comienzos de la Peña de los Parra; viajó con ella y con Víctor Jara, con Angel e Isabel, Rolando Alarcón y otros, en esas jornadas épicas de trenes y aviones culturales de la Unidad Popular que llevaban el arte del pueblo a las regiones más remotas de Chile. Tuvo el acierto de tomar notas o grabar detalles que le han servido de maravillas para su actual labor investigadora; y, para coronar el alcance de su obra, le ha dado una vasta y fundamental proyección política, cuya significación es importante no sólo para nosotros los chilenos, sino para todos los estudiosos del arte revolucionario latinoamericano.

Patricio Manns analiza el aporte de Violeta en función de sus alcances sociales: esto lo lleva a considerar, sin economía de datos, el ambiente histórico en que crea ella su obra, la realidad en que se mueve, los sectores de la sociedad chilena a quienes se dirige. No faltan aquí oportunas alusiones al trabajo de las loceras de Chillán y Quinchamalí a los cantores y cantoras tradicionales del valle central, a las fiestas religiosas tradicionales del norte y sur del país. En bellos trazos pictóricos Manns recrea el mundo áspero y brillante de la Patagonia y Tierra del Fuego, la realidad que permanece y desolada de nuestros desiertos.

El punto de vista del autor es de nítida orientación marxista, hecho que lleva a derivar conclusiones que vienen a remecer las interpretaciones de gabinete y academias tan comunes cuando se escribe la historia del arte de Chile.

Acaso uno de los aspectos más notables de la obra de Manns es su poderoso hálido poético. Páginas hay en su monografía que serán objeto de recopilación antológica entre lo mejor de nuestra prosa poética.

Es que Patricio Manns es, sin duda, uno de los más poetas entre nuestros cantantes revolucionarios.

El libro incluye una cuidadosa selección de composiciones de Violeta Parra y una completa cronología.

Violeta, la “viola chilensis”, parece cantar en estas páginas con mayor poder y gracia que nunca.

¡ Qué victoria para las familias de trabajadores que le dieron su nombre a la población que fundaban !

¡ Qué vergüenza para los gorilas que se lo quitaron !  
Lección histórica: cuando creyeron callar las voces de Violeta Parra y Víctor Jara, el mundo las recogió y las pasea hoy por plazas y ciudades de los más grandes países que las conservan ya entre sus valores clásicos.

## GONZALO ROJAS, OSCURO. Comentario de Juan Lizcano.

Por la vertiente de lo expuesto quiero detenerme en esta ocasión, en el libro *Oscuro de Gonzalo Rojas*, particularmente revelador de un poeta cuya poesía yo conocía poco y mal.

Rojas acertó al desechar en la presentación de los poemas el orden cronológico para agruparlos en función de contenidos: lo numinoso, lo erótico, lo circunstancial. (Procedí en la misma forma con mi antología, *Nombrar contra el tiempo*, en 1968). De ese modo nace un libro nuevo compuesto con materiales de otros libros inéditos o publicados, y cobra relieve lo fundamental: unidad de tono, persistencias temáticas y simbólicas, intemporalidad de las ideas, aliento, ritmo.

En la poesía de Rojas la relación entre el sentido y el sonido resulta particularmente rica. Poesía de amplio registro verbal fundada sobre el constante descubrimiento de la condición humana. Rojas vuelve a su origen, va hacia su origen por las vías del poema, henchido de un amor reverencial por la vida y la muerte, reanudando lazos y cortándolos, en un ejercicio trascendente de lenguaje y reflexión.

Su escritura y su creación, cuantitativamente escasas pero cualitativamente ricas, pueden situarse en función de la muy importante poesía chilena y en función de ella misma. Desde el primer punto de vista, se advierte una ruptura con la exuberancia verbal imperante en la poesía chilena, la de Neruda y la de Rokha, la surrealista de Mandrágora. Rosamel del Valle o el propio Díaz Casanueva, desbordante de poder imaginístico y simbolismos. Rojas, sin caer en la poesía hablada, más bien aceptando la entonación del canto, poda su escritura; Desde el segundo punto de vista, redescubre la fórmula huidobriana de que un poema es un objeto de arte, como una manzana es una manzana. Hay una poesía de contexto general en la que un poema necesita de los otros para adquirir su valoración. Cada poema de Rojas en cambio, está completo, es una unidad básica, posee su propia autonomía, se aísla o mejor dicho, queda allí, propio, en sí, objeto suficiente. Es un poema: solución fonética, semántica, rítmica, metafórica, valor totalizador.

En sus poemas trabajados como estructuras separadas las unas de las otras, pero situadas en un ámbito común, predominan ciertas constantes: el sentimiento del origen y del fin, la entonación invocatoria, la aceptación de lo efímero compensado por la reiteración de la vida, la apetencia erótica, el entender las acciones como un juego de enmascarados, el asombro y el hallazgo de lo vivido. Poesía de preguntas sin respuestas, de respuestas sí pregunta. Rojas en cada poema, confirma su solidaridad con los hombres, a conciencia de su soledad, como creador e individuo original. A veces la historia lo desgarró y en su voz suena Vallejo. Filtró las palabras, se deslizó prudentemente por la selva verbal heredada, pero a veces fue arrastrado por la fuerza cuantitativa del lenguaje poético chileno. Su resistencia a ese verbalismo torrencial, al exceso, al énfasis, al impulso profetizante o a la escritura automática, a la pasión de estatuir, precisa su originalidad y novedad en el ámbito de la poesía chilena y le concede rasgos propios, en su proyección continental.

En el conjunto de poemas sobresalen los escritos después de la publicación de su último libro, en 1964.

Esa poesía parece aspirar a la juventud, a la frescura, quiere vivenciar el pensamiento y reflejar el concepto en un cántico, sobre el que no pese lo libresco, intelectual, ideológico, historicista e impere la *L* de la lucidez y la libertad.

Esta poesía reencuentra un clasicismo primaveral (¡jóvenes son los griegos!), se entrega al pensar numinoso, a la fiesta, a la anamnesis, a la gnosis y exalta la palingenesia, círculo florido de nacimientos y muertes, en cuyo centro está la madre bienhechora. Esta imagen de mujer benéfica tiene muchas proyecciones, a veces revertidas en ira. Pero notable es su complacencia con las féminas de la lujuria y del encuentro fácil. Las prostitutas sonríen, brindan acogida al enfebrecido y en sus risas pasa la imagen de la niña adolescente. La amada surge del deseo como una divinidad protectora. El erotismo de ésta poesía, de la que no están exentos el desencuentro, la nostalgia, la cólera y cierto sadismo fálico, persigue una totalización existencial.

Poesía individuada en el poema solipsista, de ámbito invocatorio y celebrativo. Gonzalo Rojas es poeta de entusiasmo. Regresemos a la etimología griega de este término. Entusiasmo quiere decir: estar en Dios.

## DELIA DOMINGUEZ, EL SOL MIRA PARA ATRAS (Santiago: Editorial Lord Cochrane, 1977)

Razón tuvo Pablo Neruda cuando dijo:

“Compréndase que por naturaleza, por formación ecológica, la poesía de Delia Domínguez, osornina de los bosques de Osorno, es atrevida y descalza: sabe caminar sin miedo entre espinas y guijarros, vadear torrentes, enlazar animales, unirse al coro de la aves australes sin someterse al tremendo poderío natural para conversar con tristeza o con amor con todos los objetos y los seres. Mi amiga silvestre criada entre los avellanos y los helechos antárticos domina la relación humana con la ternura que adquirió aprendiendo y defendiéndose de la soledad. Yo quiero mucho a Delia Domínguez, y quiero que la quieran, que la deseen, que se alimenten de las sustancias infinitamente fragantes que nos trae desde tan lejos. ¿No es ése el destino del pan y de la poesía?”

Porque la poesía de Delia es áspera y tierna, doméstica y heroica, sonora como los bosques y los mares de donde emerge, y también suave cuando se envuelve en tonos de amor sin gestos ni resonancias, calladamente sobrio, dulcemente triste o esperanzado, finalmente jubiloso.

“La vida está en la calle”, dice Delia en un poema y ahí ha forjado ella, día a día, con las estaciones del año, su testimonio poético. Ha cantado a los trabajadores de la zona osornina, a sus abnegadas mujeres, a las tareas del campo, a los movimientos de una tierra de destino azaroso y, muchas veces, épico. Nada de retórica. El suyo ya se sabe, es un contracanto. Abierto, noble, inspirado, brillante en la minucia cotidiana de una realidad en eterno despliegue dinámico, sugerente en sus pequeños secretos y misterios, tierno en su nostalgia, apasionado en su devoción campesina.

En países donde se habla de “poesía femenina” cuando se desea patronizar balbucesos románticos, la poesía de Delia arrasa con prejuicios y falsos candores. Su voz es la de una mujer valiente, recia, sola, íntegra, tierna, porque ternura hay también, por mucha desgracia que nos llueva, en el hogar campesino y obrero. Sobresale claramente en Chile donde hoy se la escucha en silencio. Precedida de un prólogo de Neruda sale a buscar eco en América. Lo encontrará. Y admiración y solidaridad. ●

# Documentos

## GALARDON PARA TENCHA

La compañera Tencha Bussi de Allende recibió este año el Premio Lenin de la Paz en reconocimiento a su incansable y valiente lucha en defensa de los derechos humanos y de la libertad del pueblo chileno. Su nombre se agrega al de otros patriotas chilenos que también se hicieron acreedores a esta máxima recompensa: Pablo Neruda y Luis Corvalán.

El Premio Lenin que ha recibido Tencha honra a todos los chilenos y, en especial, a los escritores y artistas para quienes ella ha demostrado siempre un particular afecto y en cuyas tareas los ha apoyado firmemente en la patria y en el exilio.

## JORNADAS SOBRE CULTURA Y FASCISMO.

La Comisión de Educación, Ciencia y Cultura de la Casa de Chile en México, realizará el próximo mes de noviembre, del 21 al 26, las Jornadas sobre Cultura y Fascismo. Estas, incluirán conferencias, mesas redondas, recitales, cine y exposiciones.

## CINE CHILENO EN EL EXILIO.

Miguel Littin está dirigiendo un film titulado "El Recurso del Método", basado en la obra del escritor Alejo Carpentier, con libreto del mismo Littin y Regis Debray.

El reparto está encabezado por Anthony Quinn, Katy Jurado y Nelson Villagra. La producción es mexicana-cubana-francesa y se está rodando en los países productores.

En el Décimo Festival Internacional de Moscú, recibió el Premio Especial, la película "Noche sobre Chile", dirigida por el chileno Sebastián Alarcón y el soviético Alexander Kosarev.

"Actas de Marusia" dirigida por Miguel Littin, que fué nominada para el Oscar como la mejor película extranjera, recibió el Primer Premio en el Tercer Festival de Cine Iberoamericano, realizado en Huelva como el mejor largo metraje.

## PREMIO NOBEL A VICENTE ALEIXANDRE

El poeta español Vicente Aleixandre, ha recibido el último premio Nobel de Literatura. Según sus declaraciones, esto lo considera como un homenaje a la generación del 27, de la que formó parte.

Aleixandre, quien fué el único de los grandes poetas anti-franquistas de su generación que permaneció en España, declaró su "solidaridad con todo partido político democrático cuyo propósito sea el progreso del hombre y el adelanto de la humanidad y la justicia en el mundo".

Nuestra revista se suma a este merecido homenaje.

## RESPUESTA A UN FASCISTA

*Guillermo Sucre, venezolano de pésimos antecedentes, publicó un ataque contra nuestro director en México. He aquí la respuesta de Fernando Alegría que apareció ya en varios periódicos mexicanos.*

28 de junio de 1977.

Sr. Director  
VUELTA  
México D. F.  
México

Señor Director:

En condiciones normales, el artero y virulento ataque contra mí publicado por VUELTA en su número del 4 de marzo de 1977 no merecería respuesta. Su perpetrador es un individuo descalificado moral e intelectualmente, antiguo servidor de causas políticas ambiguas y Profesor de Ocultismo de la contra-insurgencia multinacional.

Pero, dadas las circunstancias por que atraviesa Chile y atravesamos los chilenos en la resistencia y en el exilio, determinados a derrocar al fascismo y a devolverle a nuestra patria sus libertades democráticas, debo protestar contra esta insidiosa diatriba en que no sólo se me ataca a mí, sino que se intenta denigrar el nombre de Pablo Neruda y los dignos propósitos de la Biblioteca Ayacucho de Venezuela que editó el *Canto general* en uno de sus primeros volúmenes.

En el prospecto que el señor director de VUELTA ha hecho circular internacionalmente explicando los fines de la revista dice:

"La revista mantiene la fidelidad a la pluralidad de voces, recoge las múltiples tendencias del pensamiento social, político y filosófico así como la diversidad de las aventuras literarias y artísticas de nuestra época."

Que así sea. Sin embargo, publicando diatribas como las del fascista Sucre no creo que se sirva a ningún pluralismo auténtico ni a ninguna aventura legítima y honesta. Agradeciéndole se sirva publicar esta carta en la revista VUELTA, le saluda su atto. y S. S.

Firmado: Fernando Alegría.

# LITERATURA CHILENA en el EXILIO

- P.O.BOX 3013,
- HOLLYWOOD, CA. 90028. USA.
  
- SUBSCRIPCIONES
- ANUAL, INDIVIDUAL \$ 10
- DOS AÑOS, INDIVIDUAL \$ 17
- INSTITUCIONES (ANUAL) \$ 16
- NUMERO SUELTO \$ 3
  
- PUBLICACION CADA TRES MESES
- CUATRO VECES AL AÑO
- ENERO ▪ ABRIL ▪ JULIO Y OCTUBRE

## Los Autores

**SALVADOR ALLENDE** *Presidente constitucional de Chile, asesinado por la Junta Fascista.*

**CARLOS PRATS** *General del Ejército Chileno, asesinado por la Junta Fascista.*

**VICTOR JARA** *Compositor e intérprete, asesinado por la Junta Fascista.*

**ORLANDO LETELIER** *Ex-embajador en Washington del Gobierno de Allende, asesinado por la Junta Fascista.*

**JOSE TOHA** *Ex-ministro de Estado y Ex-Vicepresidente de la República, asesinado por la Junta Fascista.*

**PABLO NERUDA** *Premio Nacional de Literatura y Premio Nobel.*

**JAIME CONCHA** *Escritor y profesor. Exilado en USA. Catedrático en Seattle.*

**PEDRO BRAVO-ELIZONDO** *Escritor y profesor. Exilado en USA. Catedrático en la Universidad de Kansas.*

**JORGE JOVET** *Poeta y Profesor.*

**THITO VALENZUELA** *Poeta. Exilado en Londres.*

**JAMES SCULLY** *Poeta Norteamericano.*

**EUGENIO VELASCO LETELIER** *Abogado. Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Actualmente "expulsado" del país. Exilado en USA.*

**JOSE NARANJO TORO** *Ex-marinero de la Armada. Actualmente exilado en USA.*

**RODRIGO QUIJADA** *Escritor y Abogado. Actualmente exilado en México.*

**JUAN GONZALEZ (Seudónimo)** *Joven escritor chileno. Exilado en España.*

# LITERATURA CHILENA EN EL EXILIO

*La sangre quemante caía  
de silencio en silencio, abajo,  
hacia donde está la semilla  
esperando la primavera.*

*Pablo NERUDA*